

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

1973

Golpe de Estado en Chile ¡Trágica experiencia que no debe olvidarse!



Septiembre de 2023

12

Partido comunista internacional

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralresco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmadista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- **«el proletario»** (Órgano del partido comunista internacional) : Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.
- **«el programa comunista»** (Revista teórica en lengua española) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3
- **«Suplemento a “el programa comunista”»** : Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5
- **«Il comunista»** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 6 FS;
- **Le prolétaire** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3 FS
- **Programme communiste** (Revista teórica) : Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS ; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4
- **Proletarian** (Suplemento al «le prolétaire») : Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.
- **Communist Program** (Revista teórica en lengua inglesa) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 1000 CFA / USA + CDNUS \$ 4 / América latina US \$ 2

Para pedidos de publicaciones, gastos postales y pagos, contáctenos a nuestra dirección e-mail: «elprogramacomunista@pcint.org»

CORRESPONDENCIA

- **España** : Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid • **Italia** : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano • **Francia (y Suiza)** : Programme - 15 Cours du Palais - 07000 Privas - Francia

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org



**Sitio Internet
del partido:**
[https://
www.pcint.org](https://www.pcint.org)

Ediciones «el programa comunista»
Suplemento a «programme communiste»
n° ISSN-0033-037 X. Acabado de imprimir
en septiembre de 2023

- Sumario -

- **Hace 50 años el reformismo llevó al proletariado chileno al matadero** 3
(Agosto de 2023)
- **Chile, a treinta años de distancia** 7
(Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003; «el programa comunista» n° 45, 2004)
- **El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares** 16
(Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- **Los errores que siempre cometeréis (Chile y la ilusión democrática)** 21
(Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003)
- **La lección de la tragedia chilena** 27
(Folleto, «le prolétaire» n° 180, 1974)
- **La vía pacífica es la vía del suicidio y conduce a la masacre de la clase obrera** 30
(«le prolétaire» n°157, 1973; «il programma comunista» n°17, 1973)
- **La «Unidad Popular» se arrastra ante la pequeña burguesía** 32
(«le prolétaire» n°139, 1972; «Il Programma Comunista» n°22, 1972)
- **Chile, ¿patria de las vías pacíficas del socialismo?** 39
(«le prolétaire» n° 93, 1970)

Anexos:

- **Fuerza, violencia dictadura en la lucha de clase** 45
(Extractos) (Amadeo Bordiga, «Prometeo», 1946-1948)
- **En Chile, una nueva bancarrota de las ilusiones democráticas pequeñoburguesas** 49
(Suplemento Venezuela n° 26 de «el programa comunista» n° 55, 2023)
- **Pinochet: sacrificio del aliado de ayer en el altar del orden democrático burgués** 52
(«le prolétaire» n° 449, 1999 ; «il comunista» n° 67, 1999)

(Foto de portada: Obreros del Cordón de Santiago ocupando su fábrica)

Hace 50 años el reformismo llevó al proletariado chileno al matadero

La elección en Chile en 1970 de un presidente «marxista» (Salvador Allende) y la llegada al gobierno de una coalición de izquierda en torno al partido socialista y al partido comunista (la «Unidad Popular») tuvieron repercusiones mucho más allá de las fronteras de este país.

Para los partidos de izquierda en Europa y otros lugares, la «experiencia chilena» demostró que era posible avanzar hacia el «socialismo» a través de un camino pacífico y democrático, gracias a reformas pasadas utilizando las instituciones estatales.

En realidad, el «socialismo» sostenido por la Unidad Popular y su presidente era todo salvo marxista, no era más que un capitalismo ligeramente reformado y «mejorado»: no se trataba de alterar el modo de producción capitalista y fijar el objetivo de una sociedad radicalmente nueva, sin explotación, sin mercados ni dinero, sin clases sociales ni Estado – el verdadero socialismo. Esto sólo puede lograrse a nivel internacional y sólo después de aplastar el Estado burgués y la resistencia de las clases propietarias mediante el establecimiento de la dictadura del proletariado.

La UP no preveía nada parecido; su programa era un conjunto de reformas económicas encaminadas a acelerar el desarrollo capitalista mediante la liquidación de sectores arcaicos (grandes propiedades latifundistas), el aumento del papel económico del Estado para impulsar la industrialización, el aflojamiento del control imperialista (nacionalizaciones de las grandes empresas mineras estadounidenses) y al mismo tiempo otorgar medidas sociales necesarias para calmar el descontento de los proletarios y las masas pobres.

Por lo tanto, no sorprende que el principal partido burgués, la Democracia Cristiana, votara a favor de la investidura de Allende (como no obtuvo una mayoría suficiente para ser elegido directamente, la investidura dependía de una votación en el parlamento donde la UP estaba en minoría). Para mayor seguridad, la DC había puesto como condición (texto del 24/9/70) que el futuro presidente se comprometiera, entre otras cosas, a respetar «*las estructuras orgánicas y jerárquicas de las Fuerzas Armadas y de los carabineros*»; «*Queremos que las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros sigan siendo garantía de nuestro sistema democrático*. Lo que pasó después demostrará una vez más que este sistema democrático defendido por el Ejército y la policía no es otro que el dominio de la burguesía...

El gobierno de la UP tuvo adversarios más o menos virulentos: empezando por los grandes terratenientes (los «*momios*» - las momias) que tenían

las ocupaciones de tierras, sectores de la pequeña y media burguesía preocupados por las ambiciones modernizadoras del gobierno (el proyecto de crear una empresa nacional de transporte provocó la revuelta de los propietarios de camiones) y el imperialismo estadounidense, por supuesto, hostil a los intentos de atacar a sus intereses y acercarse a Cuba. La UP intentó apaciguar a estos oponentes: limitación de la «reforma» agraria (nunca había pensado en una **revolución** agraria) y condena de las ocupaciones por parte de los campesinos sin tierra, adquisición a un alto precio de empresas norteamericanas nacionalizadas (no se trata de expropiarlas). etc.

Esto no bastará para apaciguar a los opositores que, por el contrario, se fortalecen cada vez más a cada marcha atrás de la UP.

A medida que las dificultades económicas alimentan las tensiones sociales, empujando a los proletarios a la lucha por un lado, por otro, a sectores cada vez más pequeñoburgueses y burgueses que se rebelaban contra un gobierno incapaz de mantener la paz social, estos últimos recurrieron cada vez más al ejército.

Cuando los «cordones industriales» aparecieron y comenzaron a generalizarse como órganos territoriales para la centralización de la resistencia obrera, esto llevó a la denuncia violenta de los medios de comunicación burgueses y a la abierta oposición del PC y de los burócratas de la CUT, mientras que el «camarada presidente» Allende, ansioso por mantener la influencia paralizante de la UP sobre la clase obrera, adoptó una actitud aparentemente menos hostil hacia ellos. Al mismo tiempo, el gobierno dio carta blanca al ejército contra los cordones, allanando el camino del golpe militar. Los bomberos sociales finalmente se mostraron cada vez más incapaces de calmar a los proletarios y a las masas desheredadas, habían agotado su utilidad para los burgueses.

La Democracia Cristiana rompió las negociaciones con el gobierno: había que pasar a una represión brutal, barriendo a los lacayos reformistas, no importa si habían servido al orden burgués hasta el final, entregando a los proletarios atados de pies y manos a sus verdugos. Las víctimas del golpe de Estado del «General Demócrata» Pinochet ascendieron a miles de muertos y desaparecidos, decenas de miles encarcelados, a menudo salvajemente torturados, y cientos de miles de personas tuvieron que huir del país.

Desafortunadamente, no había ningún partido en Chile que pudiera advertir al proletariado del peligro mortal de confiar en la UP y dirigirla siguiendo orientaciones de independencia de clase. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) había adquirido cierta influencia entre las capas más combativas; nacido de una fusión de varias corrientes trotskistas, castristas y otras, que se decían marxistas, dijo que se oponía al reformismo y al pacifismo de los partidos de izquierda, a una alianza con la «burguesía nacional» que formaba parte del programa del PC y abogó por la lucha armada y la

insurrección.

La llegada al poder de la UP demostró el valor de estos discursos. Si el MIR llegó a criticar ciertas acciones o el «legalismo» del gobierno, a pesar de ello, inmediatamente se puso de su lado y lo defendió obstinadamente hasta el punto de oponerse a las luchas que corrían el riesgo de debilitarlo. Adoptó el famoso lema de la UP: «¡El pueblo unido jamás será vencido!», en la forma: El pueblo armado jamás será aplastado. «El pueblo» es la fórmula de la derrota proletaria, ya que en nombre de la unidad popular el proletariado fue llamado a dejar de lado la defensa de sus propios intereses. El MIR desempeñó el desastroso papel de un ala izquierda de la UP que volvió al redil del reformismo gubernamental socialdemócrata y neo estalinista a los proletarios que tendían a escapar de él y tomar el camino de la independencia de clase.

En 1922, el joven Partido Comunista de Italia escribió en sus Tesis de Roma: *«Para preparar ideológica y prácticamente al proletariado para la lucha revolucionaria por la dictadura, una tarea esencial del partido comunista es la crítica despiadada del programa de la izquierda burguesa y de todo programa que quiera extraer la revolución de los problemas sociales. (...) « El partido comunista sabe y tiene el deber de proclamar, en virtud de razones críticas y de una sangrienta experiencia, que estas gobiernos bien respetarían la libertad de movimiento del proletariado hasta tanto éste los reconociese y los defendiese como sus propios representantes, mientras que responderían con la más feroz reacción a un asalto de las masas contra la máquina del Estado democrático (...) Es evidente que dicha experiencia podrá ser utilizada eficazmente sólo en la medida en que el partido comunista haya denunciado previamente tal fracaso, y conservado una sólida organización independiente en torno a la cual el proletariado podrá reagruparse*



cuando estará obligado a abandonar a los grupos y partidos cuya experiencia gubernamental había sostenido en parte» (...) La situación a la que nos referirnos puede tomar el aspecto de un asalto de la derecha burguesa contra un gobierno demócrata o socialdemócrata. También en este caso, la actitud del partido comunista no podrá ser la de proclamar su solidaridad con gobiernos semejantes, ya que no se puede presentar al proletariado como una conquista a defender un orden político cuya experiencia ha sido acogida y seguida de modo de acelerar en el proletariado la convicción de que este orden no está hecho a su favor, sino con fines contrarrevolucionarios».

Nadie estuvo en Chile para transmitir este lenguaje marxista de intransigencia clasista a los proletarios chilenos que fueron conducidos con los ojos vendados al matadero...

* * *

A finales de los años 1980, después de haber impuesto una explotación capitalista desenfrenada durante 17 años, siendo la admiración de los economistas burgueses, la dictadura de Pinochet silenciosamente dio paso a la democracia; los partidos de la *Concertación por la Democracia*, al frente de los cuales estaban los viejos socios-adversarios, el PS y la Democracia Cristiana, habían prometido respetar la Constitución promulgada por los militares, continuar la misma política económica y garantizar la impunidad de los crímenes cometidos. Una confirmación más de que la dictadura y la democracia son dos formas políticas intercambiables según las necesidades de preservar la dominación burguesa...

Los «mil días» de la Unidad Popular representan una experiencia dramática de la cual los proletarios de todo el mundo deben recordar las lecciones escritas en la sangre de sus hermanos de clase.

Agosto de 2023

Chile, a treinta años de distancia

(«le prolétaire», n° 468, 2003 ; Suplemento n° 2 de «el programa comunista» n° 44 ; Octubre de 2003)

Hace treinta años, en septiembre de 1973, el sangriento golpe de Estado propinado por el general Pinochet derribaba al gobierno de la Unidad Popular de Allende y desencadenaba una feroz represión contra los proletarios y militantes obreros: la pretendida «*vía chilena al socialismo*», pontificada por los reformistas de todos los países, se revelaba ser, como lo escribíamos en aquel entonces, la vía única de la contra-revolución, la vía que lleva a la masacre de la clase obrera. Hoy, en que la persistente crisis económica en América Latina (la CEPAL, comisión económica de la ONU para América Latina, habla de «6 años perdidos» para el crecimiento económico en la región) gruesa de dificultades políticas para la burguesía, vemos reaparecer en primer plano la zanahoria y la estaca del orden burgués, es decir, dos métodos utilizados alternativamente por la burguesía contra los proletarios: las ilusiones reformistas y populistas y las amenazas golpistas. Tal como hace treinta años, la historia comienza a colocar de nuevo, concretamente, al proletariado frente a la alternativa: o bien de ser un juguete del reformismo hasta que caiga el mandarriazo final, o de colocarse en el terreno de la lucha de clase; es decir, romper con el interclasismo, con la unión popular o nacional con las clases burguesas y pequeño-burguesas, de constituir su partido revolucionario de clase, internacionalista e internacional, con el fin de comprometer la lucha abierta contra el orden burgués, no en la perspectiva de reformar, nacionalizar o democratizar al capitalismo, sino en la perspectiva de echarlo abajo luego de haber instaurado la dictadura del proletariado. Para que las víctimas de 1973 - víctimas no sólo de los golpistas chilenos y de sus padrinos imperialistas, sino también de los ilusionistas reformistas - no hayan caído en vano, para que la tragedia de ayer no se repita hoy, es indispensable recordar las enseñanzas cruciales de esa terrible experiencia.

El 5 de Septiembre de 1970, Allende conquistaba la cabeza de la elección presidencial con 36,3% de votos frente a 34,98% del candidato de la derecha reaccionaria (Partido Nacional) y 27,84% del candidato del partido burgués tradicional, la Democracia Cristiana. En su discurso de la tarde del 5 de Septiembre, luego de la victoria electoral, Allende decía, en medio de frases líricas y demagógicas acerca del «*gobierno revolucionario*»: «*Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el pro-*

greso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.» Y, más abajo: «Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese (...). Nunca, como ahora, sentí el calor humano; y nunca, como ahora, la canción nacional tuvo para ustedes y para mí tanto y tan profundo significado. En nuestro discurso lo dijimos: somos los herederos legítimos de los padres de la patria, y juntos haremos la segunda independencia: la independencia económica de Chile».

Tal discurso, donde no faltaban ni la puesta en guardia contra las «provocaciones», ni el llamado a evitar todo espíritu de «venganza», no buscaba sino tranquilizar a la burguesía, en caso de que esta lo exigiese, sobre las reales intenciones de la Unidad Popular. Como ningún candidato había obtenido la mayoría absoluta, le tocaba en efecto al parlamento, mayoritariamente conservador, de confirmar como era la costumbre, o de rechazar, la ascensión de Allende a la presidencia. Mientras que el Partido Nacional y la extrema derecha lanzaban una furiosa campaña contra la confirmación y por el establecimiento de nuevas elecciones (el general Schneider, jefe del Estado Mayor del ejército, que había declarado que un gobierno Allende era el único capaz de prevenir una insurrección popular, fue asesinado por un grupo de extrema derecha), la Democracia Cristiana decidía votar por Allende, luego de la firma de un acuerdo donde los partidos de la U.P. se comprometían a respetar las instituciones del Estado, la policía y muy particularmente la autonomía de las Fuerzas Armadas (¿No es el ejército el máximo instrumento de la burguesía?). ¡El representante de la pretendida vía chilena al socialismo accedía a la presidencia gracias al principal partido burgués!

El programa de la U.P. - constituido por el Partido Socialista, el Partido Comunista y un pequeño partido del centro - no era en realidad otra cosa que una versión del antiguo programa demócrata-cristiano, condimentado con una gruesa capa de demagogia «socialista»; este correspondía a las necesidades de desarrollo del capitalismo autóctono: liquidación del sector latifundista retardatario que representaba una verdadera carga para la economía nacional (25% de la población activa se encontraba en la agricultura), retomando y profundizando la reforma agraria puesta en marcha bajo la presidencia demócrata cristiana; fin de la tutela del imperialismo, nacionalizando las industrias extractivas que se encontraban en manos de las grandes multinacionales, así como los «monopolios» extranjeros que estrangulaban a las empresas chilenas; acrecentamiento del rol del Estado en la economía, principalmente mediante el crédito, a fin de dirigir una parte más grande de los recursos hacia el desarrollo del capitalismo nacional. ¡Esto no tiene nada de «socialista» ni de «revolucionario»!

El carácter radical de las famosas nacionalizaciones realizadas por el

gobierno de la U.P. debe ser particularmente relativizado, ya que no sólo nunca se trató de expropiar los intereses imperialistas, sino de volver a comprar sus empresas - y a precio gordo: la nacionalización de la industria del cobre, la más importante riqueza nacional, fue así un desastre para las finanzas del país. ¡Habiéndose desplomado los cursos mundiales del metal, en lugar de obtener recursos suplementarios de la nacionalización, el Estado tuvo que consagrar una parte importante de su presupuesto para pagar a los antiguos propietarios imperialistas!

Además que ya en el período precedente 40% de la industria chilena formaba parte del sector del Estado: la debilidad de la burguesía local imponía un rol prominente al Estado en la acumulación capitalista y en el desarrollo de la economía nacional.

Hacer pasar el desarrollo del capitalismo de Estado por socialismo ha sido siempre una de las mistificaciones más peligrosas del reformismo, que desde un principio los marxistas han combatido: estos han afirmado que más el Estado hace pasar fuerzas productivas bajo su ala, más este explota a los proletarios y más este se transforma en capitalista colectivo (cf Engel, «El Anti-Dühring»). Es decir que la vía al socialismo no puede comenzar sino por la **destrucción del Estado burgués** y la instauración de la **dictadura del proletariado**. La vía reformista que defiende al Estado y las instituciones burguesas y llama a los trabajadores a movilizarse en defensa de la economía nacional, es en consecuencia una vía **capitalista, anti-proletaria**.

La demagogia «socialista» de la U.P. era necesaria para los reformistas en una situación donde desde hacía algunos años se asistía a una agravación de la agitación social. El fin del mandato del presidente demócrata cristiano Frei había sido marcado por la crisis económica, las huelgas que pasarán de 1.939 en 1969 a 5.295 en 1970 junto a un movimiento de campesinos sin tierras que amenazaba a los grandes propietarios; durante la campaña electoral se desarrolló el primer movimiento nacional campesino de la historia del país, así como una huelga general. Esta demagogia sobre la vía al socialismo y al «poder popular» tenía por objetivo el de hacer adherir a los proletarios a esta vía integralmente capitalista, de hacerlos trabajar más, como en su discurso Allende lo había anunciado claramente. Los sectores dirigentes de la burguesía no se equivocaban: cuando Allende anunció la nacionalización de las minas de cobre, el gran cotidiano reaccionario «El Mercurio» sostuvo esta medida diciendo que era inevitable; luego, cuando un acuerdo fue establecido en Diciembre de 1970 entre el gobierno y la central sindical C.U.T. en el cual el sindicato se comprometía a hacer aumentar la producción como contrapartida a su participación en la elaboración de la política económica gubernamental (medida llamada «socialista»), «El Mercurio» se felicitó de que esto era un método para hacer disminuir las huelgas. Y a propósito de la reforma agraria, el mismo órgano de los círculos burgueses más influyentes

refería en Enero del 71 que había una reforma oficial correcta, y una otra, la del «hecho consumado» bajo la presión «de campesinos y comunistas». El gobierno comprendió esta protestación y reprimió las ocupaciones de tierras por los indios mapuches: «*Ocupar la tierra es violar un derecho*», afirma entonces Allende. Pareciera oírse al ministro de la reforma agraria (¡trotskista!) del gobierno actual de Lula condenando las ocupaciones salvajes de tierra por los campesinos sin tierras...

El problema es que la dinámica de los enfrentamientos entre las clases no puede respetar los límites que los reformistas quisieran darle. El temor de los grandes propietarios delante de la generalización del movimiento espontáneo de ocupación de tierras por parte de los campesinos se traducían en el plan político con la agitación anti-gubernamental de la extrema derecha, mientras que el desarrollo de las huelgas, luego de la disipación de la euforia inicial, alimentaba la desconfianza de la burguesía hacia un gobierno que se mostraba cada vez más impotente para calmar las tensiones sociales. Las dificultades económicas (en parte debidas a esta desconfianza creciente de la burguesía) se manifestaban por un aumento de la inflación: 140% en 1972, más de 300% en 1973 y la penuria de bienes de consumo, de la cual sufrían las masas proletarias principalmente. Las tentativas del gobierno de modernización capitalista del país le valieron además la hostilidad de cada vez más sectores de la pequeña burguesía, ya tradicionalmente reaccionarios; la perspectiva de crear una compañía nacional de transporte, que habría significado su sentencia de muerte, conllevó en Octubre de 1972 la revuelta de los artesanos camioneros (entre los cuales uno de sus portavoces era también dirigente del grupo de extrema derecha «Patria y Libertad»), al cual se incorporan una multitud de capas pequeño-burguesas (abogados, médicos, comerciantes, etc. se declararon también en huelga), poniendo al gobierno de rodillas. Un lock-out patronal se generalizó en muchos sectores. A este cuadro no hay que olvidar de agregar la acción del imperialismo estadounidense que veía con malos ojos las tentativas de independencia económica del gobierno chileno, así como sus propósitos anti-americanos o sus gestos en dirección a Cuba.

Delante del descontento de ciertos sectores burgueses, la U.P. había ya decretado la «pausa» de su programa social. Frente a la revuelta de la pequeña burguesía, a la agitación de la extrema derecha y mientras que los proletarios habían dado respuestas en numerosos lugares al lock-out patronal, mediante las ocupaciones de empresas y la constitución de diversas organizaciones y coordinaciones reagrupando a los trabajadores y la población de un mismo sector - los «cordones» -, la U.P. invita, al lado de los bonzos sindicales de la C.U.T., a los militares a formar parte de su gobierno desde Noviembre de 1972. Se trataba de dar a los proletarios la impresión de estar representados en el gobierno (los obreros de las cementeras del Estado en

huelga habían recientemente destrozado «su » ministerio) mostrando a la burguesía que la U.P. era cuidadosa del orden establecido y que no vacilaría en oponerse a los «extremistas». Es en esta época que fue aprobada la ley contra la posesión de armas de fuego, la cual no será utilizada sino contra la extrema izquierda en las semanas precedentes al golpe de Estado de Septiembre 73, como preparación a este.

En aquellos momentos escribíamos: *«En la medida que Allende, los 'socialistas' y el P.C. sean capaces de contener las reivindicaciones del proletariado y campesinado pobre al mismo tiempo que se 'desarrolla la nación' sobre su lomo, la burguesía, que tiene fino instinto, las tolerará. Pero si la acción anti-capitalista del proletariado pasaba por encima de la fraseología de izquierda del gobierno, entonces la reacción entraría en acción, armada hasta los dientes»* (cf «Le Proletaire» n°138, 13-26/11/72).

Durante los primeros meses de 1973 la tensión social no cesó de aumentar; decenas de empresas permanecían ocupadas por los trabajadores, mientras que la U.P. estaba preocupada sobre todo por las elecciones municipales. El P.C. realizaba campaña sobre el tema: *«No a la guerra civil»*. Este mensaje no se dirigía por supuesto a la burguesía quien no iba a pedirle consejos al P.C., sino al proletariado: para evitar provocar la guerra civil, los proletarios deberán moderar sus reivindicaciones (*«había que frenar la ocupación de empresas, dar garantías al empresario privado y contener toda movilización popular estrictamente dentro del cuadro legal»*) declaraba años más tarde un dirigente del PC (cf «El Chile de Luis Corvalán », Editorial Fotamara, p.215). ¡La gran huelga durante 2 meses de los 13.000 mineros del cobre de El Teniente fue condenada por los partidos de izquierda bajo el pretexto de que era irresponsable reivindicar aumentos de salarios cuando la inflación era ya tan elevada! Los mineros fueron acusados de corporatismo y de hacerle el juego a la oposición burguesa por el hecho de defender sus salarios roídos por la inflación: según los partidos de la Unidad Popular, estos habrían debido aceptar sacrificarse para no obstaculizar la política económica de un gobierno que no deseaba bajo ningún pretexto atacar los mecanismos económicos del capitalismo ¡y que por consiguiente atacaba a los proletarios! El gobierno temía que una victoria de los mineros alentaría a otros obreros a entrar también en lucha. En el plano político, ello habría arruinado el difícil equilibrio de la Unidad Popular entre sus discursos «socialistas» y su sumisión en la práctica a los imperativos burgueses. El gobierno de la U.P. se había fijado como objetivo llegar a un compromiso en el parlamento con la Democracia Cristiana para nacionalizar unas cuarenta empresas ocupadas y entregar las otras a sus propietarios. Numerosas manifestaciones obreras se desarrollarán entonces contra la amenaza de retorno de los antiguos propietarios y harán abortar este compromiso.

Es en tal situación que en Junio de 1973, prorrumpió el «Tancazo»: una tentativa de putsch por parte de un regimiento de tanques de la capital. Esta acción prematura cuyo inspirador era «Patria y Libertad», no fue seguida por el resto del ejército y es abortada rápidamente. El secretario general del PS, Altamirano, afirmaba en un discurso destinado a los proletarios : *«Jamás la unidad de todas las fuerzas revolucionarias sin excepción ha sido más vigorosa y decisiva que en esta defensa de la patria amenazada. Jamás se ha producido como hoy una identidad tan grande entre el pueblo, las Fuerzas Armadas y los carabineros, identidad que se reforzará todavía más en el curso de cada combate de esta guerra histórica. El pueblo en civil y el pueblo en uniforme no son más que uno».*

En realidad el «tancazo» había servido de ensayo general. Mientras que la efervescencia se propalaba a gran escala entre las masas luego del fracaso del golpe de Estado, el gobierno de la U.P. no tomaba ninguna medida seria contra los verdaderos responsables del putsch y los altos responsables militares que expresaban simpatía por los putschistas. Lejos de buscar apoyarse en la movilización de las masas a las cuales se les temía más que a los golpistas, este se tornó hacia el ejército haciendo entrar a su jefe de Estado Mayor, el general Prats, en el gobierno; declarando el estado de urgencia, lo que significaba dejar al ejército las manos libres para dividir en zonas a la capital. Este último multiplica rápidamente los allanamientos brutales y la búsqueda de armas ... en las fábricas, los barrios obreros y en los locales de los grupos de extrema izquierda cuyos militantes eran buscados por la policía militar. Esta se lanzó en una gran campaña de intimidación contra las zonas campesinas mapuches a partir del mes de Agosto. Los medios del Estado multiplicaban los ataques contra la «subversión» mientras que el gobierno se declaraba presto a adoptar una serie de medidas demandadas por la Democracia Cristiana para proteger los intereses de los grandes terratenientes o de los patronos. El gobierno había cedido en efecto a la presión de los sectores burgueses más duros a pesar de que los golpistas habían sido vencidos...

Mas, en lugar de satisfacer a la clase dominante, estas retiradas no hacían más que reforzar a aquellos que estimaban que el tiempo del gobierno de Allende ya había terminado y que era hora de pasar a la represión abierta y brutal del proletariado, barriendo de paso a los reformistas: para la burguesía, el enemigo a cargarse no era Allende o su gobierno, sino el **proletariado**, a las masas explotadas y oprimidas, cuyo movimiento amenazaba los intereses capitalistas. Los putschistas de Septiembre 73 efecieron a Allende un salvo-conducto (que este rechazó), mientras que a los proletarios no sobrevendrán sino las balas, las salas de tortura y las prisiones. La metódica preparación del verdadero golpe de Estado (con la ayuda de los servicios norteamericanos) había comenzado prácticamente al día siguiente del tancazo.

Una semana antes del golpe, mientras que el impulso hacia la coordina-

ción de sectores obreros más combativos tomaba cuerpo, cuando la tentativa de allanar la fábrica SUMAR había fracasado frente a, por primera vez, una resistencia armada de los obreros (y a la movilización de la población del cordón local), los cordones industriales y otras organizaciones proletarias de Santiago de Chile organizarán una manifestación para celebrar el tercer aniversario de la victoria de la U.P. En esta ocasión una «carta», redactada bajo la influencia de la extrema izquierda, fue enviada al «*camarada presidente Allende*»; en ella se decía: «*Ayer temíamos que la marcha hacia el socialismo se iba a transformar para desembocar en un gobierno de centro reformista, democrático-burgués que tenderá a desmovilizar a las masas o a conducirlos a acciones insurreccionales de tipo anarquista por instinto de conservación. Pero hoy nuestro temor no es ese, tenemos ahora la certeza que no sólo nos arrastran por el camino que va hacia el fascismo sino que nos han quitado todos los medios para defendernos. (...) En este país no habrá una guerra civil, dado que la misma se encuentra en pleno desarrollo, sino una masacre fría, planificada*». Para contrarrestar esta perspectiva, la carta exigía a Allende de colocarse a la cabeza del «*ejército sin armas*» que constituían los cordones industriales.

No pudo haber ilusión más mortífera. Luego que un grupo de varias decenas de marineros denunciaba semanas antes el haber sido torturados por haberse opuesto al tancazo, Allende, para no chocar con los jefes de la marina, se había negado a apoyarlos declarando que se trataba de «*elementos de extrema izquierda que actuaban conjuntamente con la extrema derecha*». Por su parte, el jefe del Partido Comunista reafirmaba su apoyo al ejército: «Nosotros continuamos sosteniendo el carácter absolutamente profesional de las Fuerzas Armadas». En Agosto, el general Prats había demisionado de su puesto de ministro del Interior y de jefe del estado mayor (seguido por los otros militares en el gobierno) luego de la ruptura de las discusiones entre la U.P. y la Democracia Cristiana. Para remplazarlo, Allende nombra a otro militar, escogido por sus «convicciones democráticas», un cierto ... Pinochet. Comenzada con el acuerdo de la burguesía y afirmando solemnemente su respeto al ejército, la «*vía chilena al socialismo*» lograba así fatalmente poner la suerte del proletariado y las masas entre las manos de sus verdugos.

* * *

A la izquierda de la U.P. existían diversas organizaciones que se afirmaban revolucionarias. La más importante era el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). Grupo de orientación guerrillera, criticando al electoralismo y reformismo de la U.P., el MIR había llamado a la abstención luego de las elecciones presidenciales de 1970. Su apoyo a las reivindicacio-

nes y luchas le permitió ganar influencia entre las capas más radicales de la clase obrera y de los campesinos sin tierra. Pero desprovisto de todo programa marxista verdadero y pringado de prejuicios populistas, este se muestra incapaz de oponerse a la U.P. y defender una orientación de clase. Pese al odio que su apoyo a las luchas inspiraba los sectores más a la derecha de la U.P. como el Partido Comunista, este se le acerca (¡al punto de aportar guarda espaldas a Allende!). Ni la represión del movimiento Mapuche donde intervenía activamente, ni el asesinato de uno de sus militantes por parte del PC lo decidirán a romper con el gobierno y la U.P. a la cual esperaba desde siempre, y a pesar de todo, empujar hacia la izquierda. Su «apoyo crítico» a la U.P. lo llevó inevitablemente a oponerse a las luchas obreras cuando estas entraban demasiado en oposición con la política de los reformistas; es así como el MIR condenó también a la gran huelga de mineros de El Teniente (acusados de hacer el juego a la oposición al gobierno); es así como, en las semanas precedentes al golpe, este condena la constitución de «coordinaciones de cordones» por las corrientes proletarias más radicales en nombre de la unidad con la C.U.T. y para preservar las posibilidades de unión con el PC. Cuando en los últimos tiempos, el gobierno dejaba que el ejército lo persiguiera, el MIR esperaba todavía convencer a la U.P. de desencadenar la lucha contra la reacción. El mismo día del golpe de Estado, el MIR participaba a una reunión con el PS y el PC para organizar la resistencia armada. El PC rechazó organizar cualquier iniciativa que se presentara pretextando que iba a esperar primero de saber si los golpistas iban a... cerrar el Parlamento. El PS llegaba con 2 horas de retraso (¡era la hora del desayuno!) y las discusiones se eternizaban cuando el ejército rodeó el sitio de la reunión, obligando a los participantes a huir (cf MIR, «Courrier de la resistance» n° especial, Mayo 1975).

Congénitamente incapaz de romper con el reformismo, el revolucionarismo pequeño-burgués - el centrismo - tampoco pudo aprender nada de los acontecimientos. A pesar de la fatal experiencia de la política criminal del reformismo estigmatizado por él mismo, luego del golpe de Estado el MIR adhería al frente popular del PC y PS y proponía extender esta alianza a los partidos burgueses democráticos. Concretamente esta decisión no tenía ninguna importancia, dado que la dictadura de Pinochet habría de aplastar por decenios a todo el movimiento proletario en Chile; pero políticamente la misma era el reconocimiento de que el MIR no fue jamás en los hechos sino una cobertura de izquierda del reformismo contra-revolucionario.

La lección de los trágicos acontecimientos de Chile no es original, aún cuando los marxistas deben recordarla en cada giro de la historia; para retomar la fórmula de Trotsky, en el enfrentamiento inevitable que tarde o temprano la opone a la clase dominante y su Estado, la clase obrera no puede esperar vencer sin partido o con un sucedáneo de partido. Si ella quiere

evitar de ser conducida a la masacre, tiene que romper completamente con todas las fuerzas ligadas, de lejos o de cerca, a la burguesía y sus instituciones; le es preciso combatir a todos los falsos amigos llámense «obreros», «socialistas», «comunistas», «revolucionarios» u otros, que recomiendan la reforma o la democratización de las instituciones existentes, a todos aquellos que la llaman a la unidad interclasista «popular» «democrática» o «nacional»: todos estos son sus adversarios de clase o agentes de sus adversarios.

La sólo vía real al socialismo, el único camino para poner fin a su miseria, a la explotación y represión capitalistas, no es nacional, sino internacional: es la vía que comienza por la organización independiente de clase, por la constitución del partido de clase armado del programa comunista verdadero; es la vía de la lucha abierta y cotidiana contra los patronos y el Estado burgués, quien llegado el momento puede alzarse por la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado; es la vía de la lucha política no ya popular sino proletaria, tampoco patriótica sino internacionalista, resuelta y abiertamente **anti-capitalista**, única capaz de arrastrar detrás de la clase obrera a todos los explotados y oprimidos al asalto del Estado burgués.

Todo el resto es pura propalación de engaños, consciente o no, para el sólo provecho de la burguesía y sus asesinos.



En junio de 1972, en Maipú-Cerillos (Santiago), se organiza el primer "Cordón", organización que agrupa a los trabajadores de un barrio o zona industrial, con el objetivo de coordinar sus luchas y garantizar la seguridad y el abastecimiento. Los "Cordones" lucharon contra los cierres patronales ocupando fábricas. Bajo la fuerte influencia del PS y del MIR, quedaron atrapados en el callejón sin salida de la "democracia popular", la reivindicación de la nacionalización, la defensa del gobierno de Allende, y así se convirtieron totalmente en prisioneros de las ilusiones parlamentarias y democráticas.

El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares

(Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003; «el programa comunista» n° 45, 2004)

Delante de la tragedia de proletarios y campesinos chilenos, ni los partidos de «izquierda» de otros países, ni los residuos de los partidos chilenos en el exilio han creído bueno someter a la crítica las orientaciones esenciales de la «Unidad Popular». ¡Hasta han reconstituido el borrador de una coalición análoga; peor todavía, si críticas han habido, estas han sido dirigidas contra los errores extremistas de ... Allende, culpable en opinión de estos «expertos políticos», de no haber suficientemente ampliado los límites de la coalición gubernamental y de su base de apoyo en dirección de los grupos burgueses más importantes (como la Democracia Cristiana) y el ejército, o más aún de no haber tomado suficientemente en cuenta la necesidad de no bruscar a la pequeña burguesía ni tampoco a ... los latifundistas!

Lejos de aportar el socialismo a las masas (un «socialismo» sin toma de poder, sin destrucción de la máquina de Estado burguesa, ni remplazo por una república obrero-soviética, etc.) y mucho menos de «vencer definitivamente el fascismo» - y sabemos que es con esta finalidad que habían sido nombrados a ciertos responsables militares al gobierno de la U.P.) Al contrario, la Unidad Popular ha aportado a los trabajadores chilenos la dominación feroz de Pinochet y de sus torturadores. No sólo la U.P. nada ha hecho por prevenir el golpe de Estado, sino que ha impedido toda resistencia por parte de los obreros y campesinos desarmándolos sistemáticamente. No obstante, a los ojos de los sedicentes «jefes» actuales del movimiento obrero, todos estos hechos no parecen deber justificar que se reconsidere esta táctica, **sino sólo para acentuar sus aspectos más característicos y desastrosos.**

En efecto, el **Frente Popular**, siendo la U.P. su enésima aplicación, se convirtió en la orientación táctica esencial de los partidos que se dicen «comunistas» actuales: esta «gran experiencia anti-fascista» constituiría, según sus «teóricos», una adquisición histórica irrevocable y definitiva, las premisas de todo progreso concreto del movimiento obrero.

En realidad, el Frente Popular se funda sobre presupuestos que han conducido ya en muchas ocasiones al proletariado a la masacre, y que han frenado, o incluso impedido totalmente la reanudación del movimiento, incluso, muchas veces durante largos períodos históricos. La filosofía del frente popular es la misma que la de los «burgueses disfrazados en tribunos» a los

cuales, ya en 1851, Blanqui, en perfecto acuerdo con Marx, atribuía la responsabilidad de la derrota proletaria de Junio de 1848 en París («¿Cuál escollo amenaza a la revolución de mañana? El escollo en que se destrozó ayer, la deplorable popularidad del burgués disfrazado en tribuno (...). ¡Las armas y la organización, he aquí el elemento decisivo del progreso, el instrumento serio para terminar con la miseria! ¡Quien tiene hierro, tiene pan. Nos hincamos frente a las bayonetas, barremos el tropel desarmado (...). En presencia de los proletarios armados, obstáculos, resistencias, imposibilidades, todo desaparecerá. Pero los proletarios que se dejen entusiasmar con paseos ridículos por las calles, con plantaciones de árboles de la libertad, con frases sonoras de abogado, primero habrá agua bendita, luego injurias, y al final ¡la metralleta, la miseria, siempre!»).

La filosofía del Frente Popular, es también la de los populistas degenerados o mencheviques, con su culto a la «democracia revolucionaria», lo que significa en los hechos la defensa de los intereses de los burgueses y terratenientes, bajo el pretexto bien conocido de «no atemorizar a la burguesía». Es evidentemente la política de la social-democracia podrida, la que se ha traducido por la «Unión Sagrada» en la guerra imperialista, y contra la cual se dirigió la III^o Internacional de Lenin.

Pero es también y sobre todo la filosofía del estalinismo, destructor de la III^o Internacional, asesino de los compañeros de Lenin, «organizador de derrotas» proletarias: 1927 en China, 1936-39 en España (y en Francia), y más recientemente [estamos en 1975, NdR] en Indonesia la masacre de obreros y campesinos (gracias a las luces del «pensamiento Mao-Ze-dong»), he aquí algunos ejemplos de los efectos del frente popular estalinista, y post-estalinista.

«Cualquiera que sea la dificultad que tengamos en creerlo, escribía Trotsky en 1936, no menos cierto es que algunos cínicos tratan de justificar la política del Frente Popular reclamándose de Lenin, el cual, parece ser, ha demostrado que no se puede pasar de los ‘compromisos’ y en particular de los acuerdos con otros partidos.

Lenin comenzó su tarea en la Rusia zarista, donde no sólo los obreros, campesinos, intelectuales, sino también vastos sectores de la burguesía combatían el antiguo régimen. Si de una forma general una política de frente popular hubiese podido justificarse, esto se hubiese hecho en un país donde no se hubiese realizado la revolución burguesa. Señores, los falsarios harían bien en indicar ¿en cuál fase, en cuál momento, y en qué circunstancias el partido bolchevique ha realizado en Rusia un simulacro de frente popular? ¡Que se devanen los sesos, que busquen en los documentos históricos!

Los bolcheviques han pasado acuerdos de orden práctico con las

organizaciones revolucionarias pequeño-burguesas para el transporte clandestino común de escritos revolucionarios, a veces para la organización en común de una manifestación en la calle o para responder a las bandas pogromistas. Luego de las elecciones en la Duma, recurrieron, en ciertas circunstancias, y en segundo grado, a bloques electorales con los mencheviques o con los socialistas revolucionarios. Es todo. Ni 'programas' comunes, ni organismos permanentes, ni renunciación a criticar a los aliados del momento. Este género de acuerdos y compromisos episódicos, estrictamente limitados a fines precisos —Lenin no tenía en vistas sino estos— no tenían nada en común con una política de ostentación, de declamación y de polvo en los ojos. A las primeras pruebas serias, el frente popular se partirá y todas sus partes constitutivas saldrán con resquebrajaduras. La política del frente popular es una política de traición.

*La regla del bolchevismo en lo que concierne a los bloques era la siguiente: **¡Golpear juntos, marchar separados!** La regla de los jefes de la Internacional Comunista de hoy es esta: **¡Marchar juntos, ser batidos separadamente!** ¡Que estos señores se aferren a Stalin y Dimitrov, pero que se las arreglen por dejar a Lenin en paz!*

Es imposible no indignarse cuando leemos las declaraciones de los vanidosos jefes que pretenden que el frente popular 'salvó' la Francia del fascismo; en realidad, esto quiere decir simplemente que nuestros atemorizados héroes se salvaron por haberse confortado mutuamente de un pavor más grande. ¿Por cuánto tiempo? Entre el primer levantamiento de Hitler y su llegada al poder, han pasado diez años entre flujos y reflujos. En la época, los Blum y Cachin [social-demócratas y estalinianos, Ndr] alemanes proclamaron muchas veces su 'victoria' sobre el nacional-socialismo. No les hemos creído, y no nos hemos equivocado (...). La lucha (...) contra el fascismo y la guerra - por la paz, el pan, la libertad y otras bellas cosas - es o bien un simulacro o bien una lucha por derribar al capitalismo»

El rol que han jugado en el pasado los Louis Blanc, luego de los social-demócratas, hoy están los estalinistas y sus herederos que lo asumen desde 1926. Como los social-demócratas, estos han basado su política sobre la conservación del orden capitalista, por medio de alianzas entre la burguesía y el proletariado con pretensiones más o menos reformistas, sin vacilar en el momento (siempre como social-demócratas) de ir a reprimir con la más grande energía contra-revolucionaria a los sectores obreros «incontrolables» y las minorías de vanguardia, desde los bolcheviques auténticos hasta los centristas de izquierda o no (tipo POUM), si fuera necesario.

Semejante política de conservación burguesa ha logrado en definitiva, a escala mundial, la conservación del **Statu Quo**.

En los países atrasados, pese a sus pretensiones reformistas, antif feudales, anti-imperialistas, esta converge objetivamente con el imperialismo impidiendo la destrucción de estructuras arcáicas fosilizadas y el nacimiento de naciones burguesas modernas, como lo muestra ampliamente «la experiencia chilena» y como lo ha mostrado en forma resplandeciente el ejemplo de la China en 1926.

En los países capitalistas desarrollados, sus pretensiones anti-fascistas (el fascismo, reacción burguesa en el sentido más completo del término, siendo identificado en la ocurrencia como una reacción ... feudal), resisten menos todavía a un análisis crítico serio, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico. Desde Marx, esto es un punto adquirido e indiscutible como el proceso de desarrollo económico del capitalismo es un proceso de concentración y de centralización del capital que viene acompañado de un reforzamiento de los antagonismos de clase y de la lucha de clase. Las dos líneas, la línea económica y la línea social, estrictamente entrecruzadas, imponen a la burguesía de hacer más rígida y concentrar su potencia política para reaccionar contra la disgregación del sistema y contra el estallido de la lucha de clase proletaria. El fascismo no puede, pues, ser combatido y abatido que por los métodos de la lucha revolucionaria proletaria. Tratar de oponerse manteniendo al capitalismo no puede significar sino dos cosas: por una parte se trata de impedir la explosión de la lucha de clase, por otra se asume - en la medida en que se puede - las tareas mismas del fascismo. Para demostrar que el fascismo es superfluo, los estalinistas, con sus frentes populares, han desarmado e impedido el armamento de los proletarios y asesinado la revolución; bajo la presión de los antagonismos sociales objetivos y de una crisis creciente, han terminado por librar a la clase obrera con las manos atadas al fascismo.

En las antípodas de la política de frente unido por la base, lo que significa la creación de una unidad de acción de todos los obreros independientemente de su filiación política para defender contra la ofensiva capitalista sus condiciones de vida y de lucha en el plan económico, político y militar - defensa que no es realizable si no existen los métodos de la lucha de clase y que constituye una base favorable para el acrecentamiento de la influencia comunista en las filas del proletariado - la política de frente popular es una política de capitulación total y sin condición delante del enemigo. En este sentido, - tan paradójico como pueda parecer - la política del «social-fascismo» o del «tercer período» no se distingue, en su esencia renunciadora, de la política del frente popular; a parte del hecho que no fue más que un giro empírico en el cuadro de una línea ecléctica en zig-zag, la cual desemboca en forma igual de empírica y ecléctica en el anti-fascismo más vulgar, la política estalinista de «izquierda» con respecto a los social-demócratas y demócratas «en general» en el curso de los años que inmediatamente precedieron a 1933,

implica la renuncia al frente más elemental de auto-defensa de los obreros, el abandono, a través de la deserción de los sindicatos, de grandes masas de las manos de la social-democracia ya capitulacionista, más la adopción, en lo que concierne a la colaboración de clase, de una posición inusitada, la del apoyo indirecto e incluso directo al nacional-socialismo. (Hoy en día hay también una **tercera** variante: se invita directamente al frente popular a los fascistas «arrepentidos», a los Spínola en Portugal, a los franquistas y carlistas que se han fabricado una virginidad con la España de la futura «reconciliación general» ¡con la cual sueña Carrillo, el jefe del PCE!). [Y que hoy, 2003, se cumple plenamente, NdR]

LA TRAGEDIA CHILENA VUELVE UNA VEZ MÁS A CONFIRMAR DOLOROSAMENTE EL CARÁCTER DESASTROSO DE LA POLÍTICA DE LOS FRENTE POPULARES.

Desgraciadamente, el ABC del marxismo, que permite combatir de antemano tal política en forma inequívoca, no es el patrimonio sino de una ínfima minoría que lucha contra la corriente y que, por esta razón falta (¡hoy!) lazos orgánicos con las grandes masas, así como las fuerzas y los medios necesarios para influenciar y sustraer del yugo oportunista de las capas obreras de cierta importancia. Pero la tarea de esta minoría - penetrar en cada grieta abierta para el desarrollo de la situación objetiva para trabajar y organizar en partido a los elementos más capaces y combativos - no es realizable si no existe una claridad y continuidad políticas que reposen sobre una sólida disciplina teórica y programática que se reflejan en una acción apropiada, sobre la base de enseñanzas estratégicas y tácticas de la lucha de clase.

La solidaridad con el proletariado chileno debe significar en primer lugar actuar en la medida de sus fuerzas, para evitar que en Chile y otras partes se repita, como muchas veces sucedió en el pasado, «la experiencia chilena».

(Septiembre de 1975)

Los errores que siempre cometeréis (Chile y la ilusión democrática)

(Suplemento Venezuela n° 2 de
«el programa comunista» n° 44, Octubre de 2003)

Mientras que en Chile la jauría castrense continúa reprimiendo a los miembros de los partidos puestos en la ilegalidad por el nuevo régimen, especialmente a aquellos de los partidos más a la izquierda que, si bien han sobrevivido, son sometidos a duras condenas, en Italia Carlos Altamirano, (hoy el líder más conocido y autorizado del P.S. y de la Unidad Popular en el exilio) según *L'Espresso* del 24 de marzo que contiene una entrevista, y que refiriéndose al golpe chileno pretende haber sacado una lección útil sobre los (errores que no cometeremos más): *«si hubieran sido previstos y superados a tiempo los errores y los equívocos que se han cometido, el curso de los acontecimientos hubiera sido diferente»*, antes de precisar lo que él entendía por «errores»:

«En el gobierno y en la Unidad Popular, la ausencia de una dirección política unitaria, la dispersión ideológica y las divergencias tácticas, han producido incoherencias en la gestión política e incompatibilidad entre los diversos elementos que participaban en la gestión táctica y política del gobierno. Lo que faltó también fue una política militar. No era lógico ni consecuente fundar el éxito de un proceso revolucionario sobre la lealtad personal de algunos mandos militares, sobre sentimientos en apariencia legalitarios, sobre tradiciones que formaban parte de la mitología burguesa». Después de haber dicho que la clase dominante tiende más a la preservación de las relaciones de producción que a la superestructura jurídica, Altamirano señala que *«faltó una política militar con un poder de disuasión»* propios, agregando que:

«Hubiéramos podido evitar el golpe y la guerra civil si nos hubiésemos preparado sólo para ello. La vía político-constitucional, sin recurrir a las armas, con lo que la Unidad Popular esperaba efectuar el paso al socialismo, no debió haber descartado nunca la posibilidad de transformarse en acción armada .»

Todos los demócratas están dispuestos a admitir haberse equivocado por exceso de «democracia», cuando son expulsados por quien los ha tolerado en su propio interés. Escualidos intérpretes **liberales** de una democracia burguesa que en otras épocas no era considerada inconciliable con la fuerza y el terror contra los poderes abatidos sino que por el contrario se nutría de ellos, los «socialistas» chilenos balbucean ahora cuando la situación no tiene

ningún remedio. Después del terrible estacazo, gemidos inevitables se elevan y se asiste a la nauseabunda carrera del más sincero «*mea culpa*». Sin embargo - cosa también inevitable - tampoco se saca la única lección útil, esto es, la necesidad de **romper el frente** de una «democracia oficial», para andar no digamos al socialismo, sino a un poder fuerte frente a las clases más atrasadas y al imperialismo, fuerza irrealizable sin el armamento y la organización de las fuerzas revolucionarias cuyo motor será siempre el proletariado, cosa que no haría la democracia, como es lógico.

¿Por qué entonces, bajo el gobierno de Allende no se ha creado este frente, sino que se ha dado mayor peso a las «*estructuras jurídicas*» que a las «*relaciones de producción*», como dice el socialista Altamirano, dando a entender que se debía haber hecho lo contrario?

La verdad es que la tentativa de Allende no ha llegado ni siquiera al nivel de un movimiento burgués radical. Ha sido un movimiento promovido por la gran burguesía misma y «caracterizado» por el intento de realizar un compromiso entre todas las clases sociales. La burguesía creía poder gobernar sobre la base de este compromiso general, pensando haber encontrado en Allende el hombre que podía moderar todas las tendencias extremistas, sobre todo aquellas procedentes de las masas campesinas y obreras.

Y todos han podido constatar, ante la evidencia del golpe, que Allende nunca tuvo la fuerza suficiente para imponer cualquier cosa, y mucho menos en el plano militar, como el mismo Altamirano debe admitir. Si el poder ha pasado a los militares, no obstante la débil resistencia del palacio de la Moneda, no fue a **pesar** de Allende, sino **gracias** a Allende. Esto es evidente si se piensa que los militares fueron mimados por el gobierno «socialista»: desde 1970 a 1975, el balance de la defensa pasó de 1.120 millones a 7.340 millones de escudos - decía *Le Monde* del 20 diciembre 1973 -, aumento muy considerable aún teniendo en cuenta incluso la inflación si se compara a 1969, «último año del gobierno demócrata-cristiano de Frei», quien a su vez estuvo animado de una súbita solicitud hacia los pretorianos en ocasión de las elecciones presidenciales. La conquista de las fuerzas armadas, descrita a su tiempo como modelo de ejército democrático, al igual que la de las otras instituciones, no comportó la sustitución de todos los cuadros viejos, si no que ha sido hecha con la intención de **comprar** el aparato tal cual era (hubo notables mejoras económicas y estructurales), con el resultado que todos conocemos: dar fuerza y medios a los propios enemigos. El ejército chileno estaba instruido militarmente por los Estados Unidos no habiendo cesado éste con Allende; cada año por lo menos doscientos oficiales y suboficiales marchaban a Panamá para un curso de perfeccionamiento. El general Carrasco W. - refiere siempre *Le Monde* - que fue acogido triunfalmente en 1972 en Cuba, no ocultaba el haber adquirido gran provecho de estos cursos, en los que había sido adiestrado para la «*counter-insurgency-war*» (tra-

ducción: **guerra contrarrevolucionaria**). Siempre la misma fuente cita las palabras de uno de los más cercanos colaboradores militares de Unidad Popular según el cual para Allende, romper o incluso reformar las relaciones militares con Washington hubiera equivalido a introducir un factor político en problemas esencialmente profesionales. El mismo colaborador narra después que cuando el general Prats pudo conjurar el golpe del 29 de junio de 1973 intentado por el coronel Souper, *«la marina y la Fach (Fuerzas Aéreas de Chile) hacia mucho tiempo que estaban preparados para sublevarse, y en estas condiciones una depuración en el ejército, conquistado casi por completo por las ideas de los putchistas, lejos de frenar el golpe de Estado lo habría precipitado»*. Se trata entonces de algo bien distinto a un «error»! Si Allende estaba en el poder era porque había favorecido tal situación, dejando siempre la alternativa «fuerte» en las manos de quien detentaba el verdadero poder. El error fue simplemente el de haber emprendido la *«via chilena»*, que Altamirano sostiene no haberse *«agotado»*, más aun, que es todavía *«una esperanza abierta a los pueblos»*.

Que la «vía chilena» estuviera cerrada a toda clase de desarrollo revolucionario lo confirman también las palabras de Juan Garces, un consejero político de Allende que en *Le Monde* del 18 de diciembre de 1975 se pregunta si *«se podía armar a los obreros»*, concluyendo que no. Este afirma que *«la Unidad Popular fundaba su programa en la legitimidad política, sin que en los altos mandos hubiera un solo general socialista y mucho menos comunista»*. ¡Fuerza militar contra *«legitimidad»* política!

Después de haber proclamado textualmente que no es posible la revolución sin ejército revolucionario, el autor describe el motivo del fracaso de Allende en haberse apoyado en el ala democrática de las fuerzas armadas. Estas fuerzas democráticas eran demasiado débiles para *«neutralizar la mayoría antisocialista de los oficiales»*.

Dado que el problema de la vía legal era, como siempre, el de *«mantener en pie el equilibrio interno que se había creado»*, era absolutamente necesario evitar la ruptura:

«La actitud de las fuerzas armadas no se prestaba a equívocos. En ningún caso estas se hubieran convertido en el brazo armado de la clase obrera [es decir, en fuerzas potencialmente revolucionarias]».

El colaborador de Allende sabe de qué está hablando: *«el apoyo de los militares al gobierno Allende estaba insertado en rígidos límites políticos y sociales, fuera de los cuales no podía continuarse (...). Las fuerzas armadas reconocían al gobierno legal en la medida en que éste actuaba conforme al derecho. Ellas estaban ligadas a él por una 'ideología institucional' y no por una 'ideología de clase'»*.

En otras palabras, el gobierno de Allende y la U.P. creían que la única

forma de «controlar» al ejército, reconocido sin embargo como fuerza adversa, era quedándose tranquilos y no hacer nada que los indispusiera. Para el autor estaba claro que *«éste mismo cuerpo de armada que defendía al gobierno le habría desobedecido si hubiera recibido una orden contraria a la Constitución. El presidente Allende no tenía la posibilidad de disolver las cámaras y gobernar por decreto de ley ya que ningún regimiento lo hubiese apoyado entonces»*.

Está claro, pues, que las mismas condiciones que le permitían estar en el poder, imponían que no se hiciese nada de revolucionario. ¿Porqué entonces, para salir de esta prisión, no se llamó a las fuerzas externas al ejército, armándolas y organizándolas? La respuesta del ayudante de Allende es, por lo menos, desalentadora: *«No hubiera sido posible iniciar una acción de este tipo (la distribución de armas a los trabajadores) sin que no fuese conocida en el acto por las fuerzas armadas»*.

Todos los razonamientos del autor llevan a la misma conclusión: el armamento y la acción armada no eran posibles en esas condiciones, sin provocar una represión del ejército *«entre 1970 y agosto de 1975, las circunstancias objetivas y subjetivas que determinaron el proceso de Unidad Popular hacían imposible la organización de un ejército popular paralelo al ejército profesional»*.

Por lo tanto, el programa político de Allende se expresaba esencialmente en esta posición típica de todos los gobiernos moderados - se presenten éstos o no como transición al socialismo - la cual consiste en no hacer nada que sea radical para evitar la reacción de los militares, y hacer de todo para hacer creer al proletariado y al campesinado que sólo así la reacción no pasará.

La misma cuestión se puede expresar de otra manera: el miedo a la organización de los obreros y los campesinos era más fuerte para el gobierno, que aquél inspirado por el ejército que este toleraba, mientras que los proletarios en armas no lo hubieran tolerado. Está claro entonces que todos aquellos que han apoyado desde dentro y desde fuera esta «via pacífica» se han hecho responsables de su éxito. Una fuerza revolucionaria habría sentido como tarea fundamental suya el mantenimiento de una independencia política y de organización rigurosa del gobierno y de sus partidos, no solo con el fin de obligar a éstos mismos partidos a una mayor radicalización en sus medidas burguesas, sino también para procurarse medidas de autodefensa proletaria y campesina, y reivindicándolas incluso contra el gobierno «de pacificación».

¿Qué ha hecho un Altamirano, después de haber afirmado - según reporta Regis Debray - que *«el mejor modo de precipitar el enfrentamiento y hacerlo todavía más sangriento, es el de volverle la espalda»*? Después del golpe fallido del 29 de junio, Altamirano declamaba:

«Nunca ha sido tan grande como hoy la unidad entre el pueblo, las fuerzas armadas y los carabineros, y esta unidad se irá reforzando en cada nueva batalla de la guerra histórica que nosotros conducimos». Estas fuerzas armadas ligadas al pueblo son las mismas que, según Garces, no había duda que habían decidido el putsch, las mismas que debían reprimir al pueblo pocos meses después y que, por otra parte, antes habían recibido con júbilo la autorización del gobierno progresista para requisar todas las armas que encontraran y para lo cual una simple denuncia de un «ciudadano» era suficiente. ¿También esta ley fue un «error»?

El error fue el mismo gobierno de Allende con todos sus amigos. Aun cuando el sólo real error que para los marxistas cuenta fue olvidar que, para defenderse contra la burguesía y su Estado, para arrancarle aunque sean solamente reivindicaciones inmediatas, los proletarios no pueden contar que con **sus propias luchas, fuerzas y organizaciones independientes de clase y con su partido revolucionario dirigiendo estas fuerzas, organizaciones y luchas**. Hé aquí la lección que hay que sacar, el error que había que rectificar.

Hoy sería un error mucho mayor considerar que para corregir los defectos de una «*dirección política unitaria*», de «*dispersión ideológica*» y de «*divergencias tácticas*», se deba volver a intentar, como afirma Altamirano, el mismo bloque unitario. Se critica el «*sectarismo*» precedente y se habla de «*voluntad unitaria*» y de ¡«*magnanimidad y generosidad para olvidar (sic) el pasado y trabajar con entusiasmo hacia el futuro*»! Los únicos excluidos del bloque son los que han salido de éste para combatirlo con las armas de los militares.

Altamirano expresaba perfectamente durante una intervención con los socialistas de Mitterrand en París, la ilusión unitaria que ha llevado a la catástrofe, mostrando que sus críticas postumas no valen para cambiar absolutamente nada su unitarismo suicida: «*Hemos vencido con la unidad, hemos fracasado dolorosamente con la unidad, es con la unidad que venceremos*».

Las raíces de este fracaso radican precisamente en esa unidad, que nunca conducirá a una verdadera victoria. Sin lugar a dudas muchos elementos hoy día en Chile habrán comprendido - frente a la despiadada represión por parte de la reacción, después de haber sido desarmados por la «*revolución pacífica*» - que la única vía de revancha pasa a través de la opuesta a la que se ha seguido hasta ahora. En estos momentos el mayor peligro es que las voces de éstos queden sumergidas por el coro pusilánime de los que ahora gimen por no haber combatido antes. Está en que un Altamirano sea capaz de llegar a hacer creer en otro experimento de allendismo «*revisado y corregido*» y embaucar a militantes combativos con el engaño de que la «*nueva vía*» es algo bien distinto al Frente Popular de los años 50, porque

«en unidad popular la dirección está en las manos de la clase obrera».

Cierto, la única en grado de lanzar el ataque contra la reacción chilena-imperialista es la clase obrera. Pero este ataque tendrá un éxito ventajoso para la clase obrera únicamente si al mismo tiempo va dirigido contra los pusilánimes demócratas de las medias clases dispuestos siempre a perder antes de combatir. Y este será igualmente el único medio de encontrar aliados en otras capas sociales, especialmente entre los campesinos más pobres.

La vía de 1848 trazada por Marx y Engels; la del rechazo de verse reducidos a «apéndices de la democracia oficial»; la del reconocimiento de la necesidad de constituirse en «organización independiente, secreta y pública». Esa era la vía que había que emprender para no caer en la trampa democrática y salir del lodo ensangrentado.

Irán : ¿Qué revolución? Sobre la «Revolución islámica» de 1979

(Textos del partido n° 9, Octubre de 2022, A5, 32 páginas, 3 €)

Sumario

- Introducción
- Entre el peso aplastante del pasado y el impacto caótico del presente
(«il programa comunista» nos 20 y 21 de 1978)
- La herencia de Pahlevi: revolución capitalista a la cosaca
(«il programa comunista» nos 20 y 21 de 1978)
- Algunas lecciones sobre Irán
(«Il programa comunista» no 4 de 1979)
- Es el maldito árbol del Estado nacional, la economía nacional, el «socialismo nacional», el que debe ser arrancado y destruido por siempre, en Asia como en todas partes
(«Il programa comunista» no 4 de 1979)

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

IRÁN ¿Qué revolución?

Sobre la «Revolución islámica» de 1979

Octubre 2022

9

La lección de la tragedia chilena

(Folleto, «le prolétaire» n° 180, 1974)

Con motivo de las manifestaciones del 11 de septiembre de 1974, nuestros activistas distribuyeron el siguiente folleto:

PROLETARIOS, COMPAÑEROS,

Hace un año, el régimen de Salvador Allende, aun con todo lo reformista y legalista que fue, cayó bajo los golpes de un ejército entrenado y subsidiado por el imperialismo estadounidense para defender sus intereses y los de las clases dominantes de Chile; una feroz represión – que aún continúa – cayó sobre los trabajadores chilenos y sus organizaciones políticas y sindicales.

Hoy les pedimos que expresen su indignación contra el terror despiadado que reina con Pinochet y sus acólitos y que expresen su solidaridad con sus víctimas. Pero los partidos y grupos que les convocan a manifestarse no son más que los equivalentes europeos de aquellos que, directa o indirectamente, allanaron el camino a Pinochet: los radicales, aunque sean «de izquierda», que defienden y sólo pueden defender los intereses de su clase y es absurdo esperar que se unan a la causa de la emancipación proletaria; los llamados partidos obreros, como el partido socialista y el partido «comunista», que les adormecen con ilusiones mortales sobre el camino pacífico, legal y parlamentario hacia el socialismo y que así les preparan, desarmándoles política y físicamente, para someterlos al yugo del capital. Al mismo tiempo, o paralelamente a estos partidos, ciertos grupos de extrema izquierda le piden que manifiesten su solidaridad con las víctimas y su indignación hacia los verdugos mientras, siguiendo el ejemplo del MIR chileno, toleran, aunque digan practicar un «apoyo crítico», la repetición de este mismo frente de alianza entre clases que llevó a la derrota de los proletarios y campesinos chilenos.

PROLETARIOS, COMPAÑEROS,

Sólo hay una manera seria de mostrar su solidaridad con vuestros hermanos perseguidos y masacrados, y es sacar de la tragedia chilena una confirmación viva de la lección centenaria del marxismo. A saber que el camino hacia la emancipación de la clase trabajadora no pasa por las elecciones, el parlamento, la reforma, la democracia, la participación en el gobierno o en un gobierno legislado por los trabajadores. Implica la conquista violenta del poder, la destrucción del Estado burgués, el ejercicio de la dictadura proletaria, y todo esto presupone la presencia del partido de clase desempeñando un

papel dirigente. Este camino no se prepara mediante la solidaridad o la fusión con capas mal definidas y llamadas progresistas de la burguesía nacional, sino reuniendo alrededor de la bandera de la revolución proletaria a las masas trabajadoras explotadas de las ciudades y el campo. No respondemos a la violencia del opresor apelando a las leyes, la moral y la justicia, sino con la violencia de los oprimidos. No oponemos las armas de la clase dominante a los artículos constitucionales ni a los principios eternos de la democracia universal, sino a las armas de la clase dominada. No podemos pedir al ejército, escudo de la burguesía, que se «democratice» por el bien del proletariado, como hacen ciertos grupos que, sin embargo, quieren ser revolucionarios. La clase trabajadora necesitará un ejército propio para aplastar a su enemigo de clase: no puede pedir ayuda y protección al instrumento de defensa de la sociedad capitalista.

PROLETARIOS, COMPAÑEROS,

Los «socialistas» como Allende hace tiempo que olvidaron esta verdad. Los falsos comunistas que, habiendo perdido todo pudor, se presentan como herederos de Octubre de 1917 y de la Tercera Internacional, han hecho todo lo posible para borrarlo de sus conciencias. Esta verdad debe convertirse una vez más en vuestra guía.

Los revolucionarios, – que hoy son una pequeña minoría – no esperan ni comprensión ni compasión de la burguesía y sus lacayos. Tampoco los acusan de «traicionar a la clase obrera»: ¿el enemigo de la clase, en Chile o en otros lugares, alguna vez ha ocultado su firme decisión de preservar, por todos los medios, este baluarte de explotación de los trabajadores que es el poder estatal? Lo que los revolucionarios llaman *traición* es la labor diaria de desarme ideológico, político y físico del proletariado que realiza el oportunismo; su líder es el estalinismo, masacrador del Partido de Lenin, sepultureiro de la Tercera Internacional, responsable del ciclo contrarrevolucionario que pesa desde hace casi medio siglo sobre el proletariado de las metrópolis imperialistas y sobre las masas obreras y campesinas ex-países coloniales y atrasados; y la tragedia chilena lamentablemente representa sólo un fruto adicional de este sangriento oportunismo,

Aunque declaran que no tienen nada en común con Stalin y sus herederos, los grupos de extrema izquierda apoyan más o menos conscientemente las manifestaciones oficiales, sin decir una palabra sobre el papel criminal del oportunismo legalista y pacifista, sin la colaboración de los cuales el imperialismo americano, la junta militar, la democracia cristiana de Frei y todos los representantes de la conservación social nunca habrían podido cumplir su siniestra tarea. Al ocultar este papel, les impiden objetivamente reconocer, junto a su enemigo directo, su cómplice y su lacayo, el oportunismo; objetiva-

mente les atan las manos exponiéndoles a los golpes de la burguesía y sus agentes.

Contra la brutal dictadura abierta de los Pinochet de todo el mundo apoyados por el imperialismo americano, contra la dictadura escondida bajo la máscara democrática de los burgueses que fingen llorar sobre los cadáveres de los trabajadores y campesinos precisamente porque han dejado de amenazar el orden establecido, «Sólo podemos luchar con éxito con las fuerzas y los métodos de la revolución. proletaria». Esta lección que Trotsky extrajo de toda la herencia marxista, los agentes de la burguesía dentro de la clase obrera «ni la quieren ni la pueden hacer propia», sino que por el contrario se esfuerzan día tras día por sofocarla. Es esta lección la que debe propagarse en este aniversario de la masacre de los trabajadores chilenos.

Partido Comunista Internacional / 11 de septiembre de 1974.

Lenin en el camino de la revolución

(Textos del partido n° 8, Noviembre de 2022, A5, 30 páginas, 3 €)

Elementos de orientación marxista

(Textos del partido n° 10, Junio de 2023, A5, 24 páginas, 2 €)

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Lenin en el camino de la revolución



Noviembre 2022

8

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

ELEMENTOS DE ORIENTACIÓN MARXISTA

Junio 2023

10

La vía pacífica es la vía del suicidio y conduce a la masacre de la clase obrera

(«le prolétaire», n° 157, 1973)

Allende había caído en la red de fuerzas militares, ellas mismas instrumento de fuerzas sociales, cuyo ataque no sólo había creído poder evitar, pero cuyo apoyo había solicitado para «construir el socialismo» al estilo chileno. Su suicidio, verdadero o falso, adquiere el valor de un símbolo que trágicamente confirma que no hay «vías pacíficas», no decimos al socialismo, sino incluso al pleno desarrollo CAPITALISTA de los países que han quedado a medio camino entre una organización económica y social pre burguesa y el pleno florecimiento de las formas económicas sociales y políticas burguesas.

Dejemos que los cagatintas de la clase dominante y sus sirvientes oportunistas bauticen como «marxista» al régimen del abatido presidente, pues **no hay un gramo** de marxismo allí donde «no se extienda el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la **necesidad** de la dictadura del proletariado». Lo que pretendía el régimen de Allende, como el de todos los países «en desarrollo», era superar por la vía legal y constitucional los elementos de atraso, de desequilibrio, los contrastes flagrantes de un país suspendido entre el pasado y el presente en el marco global del imperialismo. .

Y, sin embargo, **ni siquiera eso** ha sido posible con el método **suave, gradual, pacífico y parlamentario** de la democracia interclasista.

Se quería evitar el uso de la violencia para derrocar el poder de las fuerzas sociales retrógradas: ella inevitablemente se volvía contra las mismas personas que imaginaban poder controlarlo. No se quiso desatar la ofensiva contra el enemigo, y fue el enemigo quien la desencadenó. Se quería oponer la papeleta a las **armas**: son las propias armas las que la desgarran incluso antes de depositarla en las urnas. Incluso las reformas más tímidas, donde aún conservan un sentido, requieren para ser puestas en práctica el uso de la **fuerza** organizada y centralizadora: de lo contrario, es una fuerza organizada y centralizadora la que se encargará de destruirlas – o bien de tomar su control (esta no sería la primera vez en el «Tercer Mundo»).

«¡Es culpa de la Democracia Cristiana!» o: «¡Es culpa de los coroneles fascistas!» aúllan los partidos «comunistas» y consortes.

¡No señores! Es culpa de los que creen y hacen creer que a través del diálogo y hasta de la concertación con los curas, los burgueses, los tenderos y los mercenarios, se puede «construir» algo distinto al statu quo.

No se puede pedir al verdugo que haga algo contrario a su naturaleza. Los partidos «comunistas» sacan de la derrota de Allende la lección de que es necesaria la unidad de todos los demócratas: pero es precisamente esa unidad la que entregó a la clase obrera atada de pies y manos a sus verdugos. Quienes predicaron al proletariado el desarme, el pacifismo, el respeto a la legalidad, comparten la responsabilidad de su masacre. La tragedia chilena no es que la democracia volara en pedazos, sino que los golpes despiadados de los militares caen sobre la clase obrera, víctima tanto de la cobardía de la democracia pequeñoburguesa llamada radical frente a las viejas clases dominantes, la burguesía industrial y el imperialismo, y el pacifismo gradualista y legalista de la socialdemocracia y el estalinismo.

Tras el suicidio de la «vía chilena al capitalismo integral», los barrios obreros opusieron una heroica resistencia al diluvio de fuego arrojado por el ejército y la fuerza aérea. Desarmados políticamente por sus líderes, han demostrado a pesar de todo, gracias a su inflexible valentía, que el desenlace pertenece inexorablemente a las **armas**. ¡Que los proletarios de las grandes metrópolis imperialistas, las masas campesinas y trabajadoras de los países «atrasados» saquen al menos de la tragedia chilena la confirmación de la necesidad de la violencia y el terror revolucionarios! ¡Que la clase obrera mundial escuche la dura lección que sus hermanos chilenos han escrito con su sangre: la lucha contra la opresión de las clases dominantes es inseparable no sólo de la violencia revolucionaria, sino también de la independencia política del proletariado constituido como partido autónomo, y de la más resuelta lucha política contra las corrientes oportunistas y la democracia pequeñoburguesa!

¡No hay, ni puede haber otro camino!



La «Unidad Popular» se arrastra ante la pequeña burguesía

(«le prolétaire» n° 139, 1972;
«Il programma comunista» n°22/1972)

Durante los últimos acontecimientos (1) los partidarios de la transición pacífica al socialismo no habrán dejado de sorprenderse por la falta de tacto de la pequeña burguesía chilena con respecto al «socialismo» nacional, a menos que se indignaran ante la actitud del presidente «marxista», porque contradicciones no les faltan. En realidad, el conflicto que acaba de enfrentar al Estado chileno con la pequeña burguesía del transporte plantea con toda claridad la cuestión de la **alianza del proletariado con las clases medias**, disipa las ilusiones de que todos los «frentes populares» tienen la función esencial de cultivar, y revela, si todavía fuera necesario, su papel antiproletario.

LA POSICIÓN REVOLUCIONARIA

Para el partido marxista la cuestión no es equívoca: es imposible para el proletariado revolucionario garantizar la propiedad de la pequeña burguesía, prometerle el libre desarrollo y expansión de su producción que constituye la base misma del capitalismo. El socialismo, por el contrario, se propone liberar a la humanidad de todas las formas de propiedad burguesa, grande o pequeña, porque esa es la única manera de abolir la esclavitud asalariada.

Es cierto que en esta obra de emancipación, la revolución destruirá al vampiro capitalista que también se alimenta del trabajo de múltiples estratos pequeñoburgueses; que al hacerlo los liberará de la opresión que sufren y que por lo tanto objetivamente tienen interés en esta revolución.

También es verdad que los comunistas siempre se han esforzado por arrastrar tras de sí y reunir **en su propio programa** a los semiproletarios de las ciudades y del campo, campesinos o artesanos arruinados, a menudo viviendo de manera aún más miserable que el propio proletariado. Tan pronto como tome el poder, el proletariado revolucionario inmediatamente tomará en cuenta a esta pequeña burguesía en desgracia; la liberará de sus deudas, en ciertos casos distribuirá la tierra a los campesinos pobres, incorporará todo el trabajo disponible al sistema de producción dirigido centralmente por el poder comunista, de tal manera que libere a los trabajadores de la vieja esclavitud asalariada.

Pero tal programa no es para los pequeños burgueses que han «triunfado»; éstos, el partido marxista se esfuerza por neutralizar a lo sumo. En Chile, por ejemplo, hay 730.000 «trabajadores independientes», artesanos, pequeños y medianos empresarios de la agricultura, el comercio y el transporte, de los cuales la mitad no gana más que un obrero. Es a esta mitad a la que la realización del programa proletario aseguraría, en caso de victoria revolucionaria, la supervivencia inmediata a través de severos recortes en la propiedad burguesa.

Ciertamente, bajo ciertas condiciones, y específicamente en la Rusia atrasada de 1921, los comunistas tuvieron que tolerar y soportar un desarrollo de la economía pequeñoburguesa (NEP) para conservar el poder político y ayudar a la revolución mundial: pero de ninguna manera teorizaron lo que obviamente no era una «vía original» al socialismo, sino simplemente un desarrollo de la economía de mercado esencial para la recuperación de una economía que no sólo no estaba madura para el socialismo, sino que estaba totalmente arruinada.

El partido marxista, por lo tanto, no se niega a utilizar el potencial de agresividad anticapitalista de las capas medias pobres y explotadas. Además, sólo él es capaz de mejorar su suerte. Pero no hace ninguna concesión a la codicia e ilusiones de los pequeños burgueses apegados a su propiedad privada; y si se ve obligado a soltar lastre en las difíciles condiciones de un país atrasado, no es por respeto a los «derechos» adquiridos, sino para conservar el poder político y así poder continuar la lucha por la revolución **internacional**.

ILUSIONES Y TRAICIONES REFORMISTAS

Para los *partidos obreros burgueses*, en Chile como en otros lugares, la alianza del proletariado con las clases medias tiene un significado completamente diferente. Celosos servidores de la propiedad, el orden y la legalidad, no tienen el menor deseo de abolir el capitalismo. Esto no impide que atraigan a los trabajadores, pero aun cuando la clase obrera sea la más numerosa, no puede proporcionarles una base suficiente, porque la política reformista tarde o temprano ejerce un efecto de repulsión sobre algunas de sus fracciones. Por lo tanto, buscan el apoyo de la pequeña burguesía hostil al gran capital y, a cambio de sus votos, les prometen felicidad y prosperidad, idealizando groseramente el destino que les espera bajo el capitalismo. Pero por el hecho mismo de su conservadurismo fundamental, es muy natural que se dirijan a los **estratos superiores** de estos últimos; para atraer su simpatía, ni siquiera dudan en poner fin a las luchas de los trabajadores en las pequeñas y medianas empresas si es posible.

En Chile, la cuestión es importante ya que estas pequeñas y medianas

empresas, que suman 35.000, absorben la mayoría de los proletarios. Es por eso que la Unidad Popular de Chile se esfuerza por desarmar las luchas obreras predicando la unidad con la pequeña burguesía rica, mientras afirma que si bien el proletariado aún no tiene firmemente en sus manos el poder, no obstante está allí lo suficientemente «representado».

Los partidos obreros burgueses no tienen, sin embargo, la exclusividad por este interés en la pequeña burguesía. La gran burguesía y los terratenientes compiten en sus esfuerzos por atraer las simpatías de las clases medias, que son las únicas que pueden proporcionar el grueso de las tropas de la reacción burguesa. Las cifras de población activa en Chile muestran la importancia del tema, ya que hay más de 700.000 «trabajadores por cuenta propia» frente a un millón de proletarios en las ciudades y 700.000 en el campo. Es para atraerlos que la derecha, el Partido Nacional, grita contra lo que llama «el marxismo en el poder», cuando evidentemente es puro reformismo.

Hasta que Allende, los «socialistas» y el PC chileno sean capaces todavía de contener las demandas del proletariado y el campesinado pobre mientras «desarrollan la nación» sobre sus espaldas, la burguesía, que tiene un olfato afilado, los tolerará. Pero si la acción anticapitalista del proletariado prevalece sobre la frase izquierdista del gobierno, entonces la reacción se presentaría armada hasta los dientes. Esta posibilidad ronda necesariamente en la mente de los actuales gobernantes de Chile que tratan de desactivar la crisis, pero que saben muy bien que ni sus esfuerzos de conciliación, ni las teorías de los «socialistas y comunistas» chilenos sobre la conquista pacífica del Estado burgués han eliminado en lo más mínimo el peligro de un enfrentamiento con la derecha.

El futuro depende de la actitud respectiva del proletariado y de las clases medias. Si el primero pasa a la ofensiva bajo la presión de la crisis, habrá que armar bien a los segundos para conjurar la amenaza. Ya la derecha y los reformistas compiten en esta tarea. Que la pequeña burguesía pase al campo de la derecha y triunfe el fascismo, pero si apoya a la Unidad Popular, será en todo caso el brazo armado de la legalidad burguesa contra el proletariado y el campesinado pobre.

Para el proletariado, la contrarrevolución tiene pues una doble cara: la de la gran burguesía y los terratenientes, indiscutiblemente hostiles a la Unidad Popular, y que esperan el más mínimo paso en falso del gobierno para actuar y reprimir al proletariado; y la del frente popular, con su obsesión legalista y de colaboración de clases.

En la primera fase de la crisis chilena, a partir de 1970, la pequeña burguesía se inclinó más hacia la izquierda y entonces la gran burguesía se encontró relativamente aislada, pero la partida es ahora que comienza, como lo han demostrado los acontecimientos recientes .

¿«PRESIDENTE-MARXISTA» O DEMÓCRATA-CRISTIANO DE IZQUIERDA?

El Presidente Allende, con el apoyo de los seis partidos de la Unidad Popular («marxistas»: socialistas y PC, más «no marxistas»: radicales e izquierda de la democracia cristiana) fue elegido el 4 de septiembre de 1970 con el 36,3% de los votos. Podemos decir que aprovechó la división de la derecha y las divisiones de las clases medias, porque fue precisamente la Democracia Cristiana, representante de los sectores dinámicos de la burguesía y la pequeña burguesía, la que permitió su confirmación por parte del Congreso de la República.

Contrastes chilenos: ¡un llamado «presidente marxista» y un parlamento conservador! Sólo los demócratas incorregibles pueden alegrarse de esta buena jugada del pueblo a la burguesía. La Unidad Popular está en brazos de la Democracia Cristiana y allí se siente muy cómoda. La similitud entre los programas de las dos formaciones políticas es total: eliminación del desempleo, construcción masiva de viviendas, reforma agraria «radical» y recuperación de una parte mayor de los beneficios del cobre por parte del Estado. Pero todo este hermoso plan va acompañado de la Unidad Popular, y su verbalismo revolucionario hecho a la medida para responder al descontento de los desheredados.

Es cierto que la Democracia Cristiana se ha mostrado incapaz de aplicar su programa de rescate de la paz social: lo único que cosechó, entre 1964 y 1970, bajo la presidencia de Frei, fue el agravamiento de la miseria del pueblo chileno y, a partir de 1967, la movilización del proletariado y de los campesinos pobres; pero la Unidad Popular no ha hecho ni hará mucho más; sin embargo si presenta una ventaja a los ojos de la burguesía, es sólo porque tiene todavía la capacidad de poner a trabajar al proletariado chileno.

Si la burguesía toleró la llegada de Allende al poder en 1970, fue porque no tenía muchas opciones: sólo era posible resolver la crisis lanzando al país hacia un desarrollo capitalista acelerado, y ese era precisamente el objetivo de las reformas propuestas por él. Estas se desarrollan en tres direcciones:

1.) La concentración del capital territorial, la disolución del latifundismo, el aumento de la productividad en el campo. Para la burguesía, la ventaja es triple: en primer lugar, la reducción de las importaciones de alimentos que tensan la balanza comercial, además que las tierras chilenas pueden alimentar tres veces a su población. Luego, apertura de un mercado interno para la industria local. Finalmente, consolidación de una capa de propietarios medios muy productivos, que apoyan a la república burguesa y contienen ferozmente las reclamaciones de los campesinos pobres.

2.) La nacionalización de la inversión extranjera, principalmente en mine-

ría, a la que muy pocos se opusieron. Recordemos que el propio parlamento chileno se ha subido al caballo antiimperialista y ha denunciado unánimemente el saqueo de la «riqueza nacional» por parte de empresas estadounidenses. La colosal renta minera debe pasar ahora a manos del Estado y utilizarse para «inversiones productivas».

3. La nacionalización de los «150 monopolios», vinculados al capital extranjero, y que literalmente oprimieron a los empresarios chilenos, vendiéndoles materias primas, equipos y créditos a precios elevados y comprando su producción a precios más bajos.

Es inevitable sorprenderse ante las declaraciones de Allende sobre «*la originalidad de las vías chilenas al socialismo*», porque no sólo todas estas medidas son específicamente burguesas, sino que son tan necesarias para que la burguesía supere la crisis que se impondría a todos los partidos. derecha o izquierda, en el país. Es, además, el secreto de esta división de la clase media alta y de estas vacilaciones de la clase media baja lo que permitió que una izquierda supuestamente «marxista» llegara al poder.

Cuando Allende declara: «*Caminamos sin guía por terreno desconocido*», respondemos: ¡mentira! Ya en 1964, la pequeña y media burguesía radical había fijado el programa para la Unidad Popular. Desde entonces, la Iglesia invitó al «pueblo» a «*no elegir ni el capitalismo ni el colectivismo, sino un camino democrático de reforma social*», incluida una «*consecuente*» reforma agraria. ¿No es éste el programa del «presidente marxista»? La Iglesia también ha dado ejemplo repartiendo sus propias tierras.

Las nacionalizaciones tampoco deberían engañarnos. Ya antes de 1970, el 40% de la industria chilena formaba parte del sector estatal, porque la burguesía entendía perfectamente que el resurgimiento del capitalismo pasa necesariamente por el vigoroso impulso de la acumulación de capital estatal.

En vano encontraremos en todo esto el más mínimo «socialismo». Por el contrario, la participación del PC y de los «socialistas» chilenos en el gobierno garantiza que se hará el máximo esfuerzo para incitar al proletariado a «ganar la batalla de la producción» en lugar de gastar su energía... en la lucha de clase.

EL GRAN ENOJO DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA CHILENA

Es un hecho difícil de aceptar para los pequeños burgueses, pero el desarrollo económico pasa por su eliminación más o menos rápida según la intensidad del desarrollo burgués. Esta es una ley del mercado, de la competencia, una ley del capitalismo completamente insensible a las promesas electorales de los partidos obreros burgueses.

En Chile, lo que Marx llamó «los antagonismos secundarios» entre los intereses del capital y los de la pequeña burguesía estallaron con violencia, mostrando el carácter no sólo reaccionario, sino perfectamente **utópico** de estas promesas. Para desarrollar el comercio interno y al mismo tiempo reducir los costos de transporte, el gobierno se había visto obligado a considerar la creación de una Empresa Estatal del Transporte, ya que la concentración espontánea de pequeños capitales en esta rama era una forma demasiado lenta y anárquica de responder a las exigencias del desarrollo capitalista en Chile.

Amenazados con una competencia ruinosa y decepcionados por las esperanzas despertadas por la misma Unidad Popular, los transportistas respondieron con un poderoso movimiento de huelga, al que se unió una multitud de gente descontenta de clase media, pequeños comerciantes, médicos, dentistas e incluso estudiantes de secundaria. De momento el juego está empatado, ya que, en parte, Allende tuvo que ceder, pero las cosas no pueden quedar ahí.

Por un lado, la Unidad Popular no puede prescindir de las clases medias porque su popularidad entre la clase obrera no está asegurada en modo alguno, como lo demuestra la última huelga de los trabajadores de la cementera estatal que saquearon «su» ministerio; pero, por otro lado, la única razón de su presencia en el poder es porque es el que le sirve mejor al desarrollo capitalista del país. Pero no basta para ello con dar al proletariado combativo la ilusión de que la burguesía ya no tiene las riendas del Estado, o ya no las tiene ella sola; también debe fomentar la acumulación de capital mediante medidas económicas concretas. Una contradicción tan estridente corre el gran peligro de barrer con la Unidad Popular, porque la pequeña burguesía, que pretende salvar su existencia como clase media, sólo puede resistir al capitalismo de Estado, mientras que el gobierno, que necesita que la pequeña burguesía asuma su función anti-proletaria, está obligada por la lógica misma a la que obedece, a avanzar precisamente por este camino.

En lo inmediato, el nuevo gobierno de Allende, que **incluye dos generales, con uno en el puesto clave de Ministro del Interior**, hizo ceder a los transportistas; pero, ya sea que el maldito frente único de las «clases populares» de Chile se haga añicos o lleve una existencia difícil por algún tiempo, una cosa es cierta: sólo una minoría de la pequeña burguesía se salvará económicamente; el resto se arruinará y pasará a engrosar las filas del proletariado, única clase capaz de instaurar el socialismo.

LA UNIÓN POPULAR, UNA UTOPIA REACCIONARIA

Desde hace dos años que el «socialismo» chileno está en el poder, nada fundamental ha cambiado en la economía del país. El aumento de salarios

concedido por el gobierno afectó sólo a la minoría del proletariado que trabajaba en el sector nacionalizado y fue anulado por la inflación. Una vez pasada la euforia de la victoria, Allende y sus ministros «comunistas» pidieron a los trabajadores que exigieran un poco menos y se arremangaran la camisa un poco más, según un esquema ahora bien conocido. En cuanto a la reforma agraria, no sólo quedó puesta bajo el signo de la compensación a los antiguos terratenientes, sino que se estancó en los habituales retrasos administrativos; contra las expropiaciones a los indios mapuche, un miserable proletariado de más de 300.000 personas políticamente inutilizable por la burguesía chilena de la que es enemigo mortal, el gobierno defendió a los colonos acomodados del sur del país. Y en lugar de distribuir la tierra gratuitamente a los 700.000 campesinos miserables que la trabajan, Allende prefirió distribuir los puestos de directores ejecutivos en el sector nacionalizado al personal militar: ¡así es el «socialismo chileno»!

Sin embargo, incluso las direcciones de las fracciones más «radicales» del proletariado y del campesinado (como el M.I.R.), han dado hasta ahora «apoyo crítico» a la Unidad Popular, es decir, a una política perniciosa que se está gestando y que sólo merece ser destruida. Contra los proletarios y campesinos pobres de Chile que se habían radicalizado por sus duras condiciones de vida, la U.P. utilizó todas las viejas recetas del reformismo: canalizar la energía revolucionaria contra ciertas capas de la burguesía consideradas «parásitas» o denunciadas como «fascistas» para preservar mejor el modo de producción capitalista; el llamado a la «lucha contra los monopolios» encaminada a hacer que el **supermonopolio del capitalismo de Estado** parezca socialismo; y finalmente el llamado a la unidad de todo el pueblo contra el imperialismo estadounidense, como si no sólo el proletariado sino la mayor parte de la pequeña burguesía misma pudiera esperar alguna emancipación social del desarrollo del capitalismo **nacional**.

En momentos en que la furia de la pequeña burguesía asesta un golpe mortal a la **utopía** que quiere que la «**unión popular**» permita superar los antagonismos de clase, ¿no surgirán en Chile comunistas auténticos para asestar otros golpes mortales a las dulces mentiras que la presentan como **revolucionaria**, y formular el verdadero programa proletario: ruptura con el programa democrático y popular, constitución como partido independiente frente a las clases medias – lucha por la toma revolucionaria del poder y por el socialismo en unión con la clase obrera internacional?

(1) Fue la huelga de los camioneros (propietarios) a la que se sumaron muchos sectores pequeño-burgueses (comerciantes, médicos, etc.) (NdT)

Chile, ¿patria de las vías pacíficas del socialismo?

(«le prolétaire», n° 93, 30 noviembre-13 diciembre 1970)

Por segunda vez en treinta años, un gobierno llamado «Unidad Popular» llegó al poder en Chile por canales legales, es decir parlamentarios. Chile, de hecho, no está acostumbrado a golpes de Estado militares y hasta ahora gozaba de una reputación de estabilidad social y crecimiento económico de la que se regocijaban sus «amigos americanos», que gustosamente lo tomaban como ejemplo para otros países latinoamericanos.

Pero el candidato del Unidad Popular, Allende, después de haber anunciado ruidosamente su intención de *«derrocar de una vez por todas la explotación imperialista, poner fin a los monopolios y llevar a cabo una verdadera reforma agraria»*, son ahora esos mismos estadounidenses los que están tratando de instigar un golpe más acorde con sus intereses. Esto es lo que declaró con palabras veladas uno de los dirigentes de la empresa minera estadounidense Anaconda: *«Es inútil ocultar nuestro pesimismo; esperamos lo peor. Si el señor Allende opta por la nacionalización sin compensación, estaríamos encaminados a una crisis grave, de magnitud y repercusión mucho mayor que la que provocó la incautación de los activos de la International Petroleum Company en el Perú. Como usted sabe, no sólo tenemos intereses en Chile, sino en todo el mundo...»*.

Pero el «candidato del pueblo» tiene cómo tranquilizarlos. ¿No declaró, al día siguiente de su elección: *«No habrá ningún gobierno marxista en Chile. Simplemente habrá un gobierno sostenido por las seis formaciones políticas de la Unidad Popular con un programa que no es ni socialista, ni comunista, ni radical, sino definido en común»?*

Cuando sabemos que los partidos que apoyaron esta unidad popular son precisamente los partidos socialistas, comunistas y radicales, la precisión es cómica. Hay que añadir también que en Chile el Partido Comunista se caracteriza, según *Le Monde*, por «su moderación, su rechazo a la violencia, su gusto por el compromiso y la legalidad, la pesadez de su burocracia y la sabiduría de sus intelectuales». «No es ningún secreto, añade *Le Monde*, afirmar la preferencia real de los comunistas por la democracia cristiana».

Todo esto permite a los canallas estalinistas franceses anunciar con un estilo resollante: *«Las masas populares han obtenido una victoria política que marca un punto de inflexión en la historia de Chile y cualesquiera que sean las formas y consecuencias de las maniobras reaccionarias*

e imperialistas en curso, los trabajadores no están dispuestos a dejar que les roben esta victoria». El propio Castro canta la misma copla, recuerda que Allende es un «amigo» y se declara convencido «de la posibilidad en Chile de una victoria del socialismo a través de las urnas». Sin embargo, suena al oído de que no se trataba de «socialismo», ¡sea cual sea la salsa!

En verdad, lo que complace a los lacayos de Moscú es que Chile pueda escapar de la zona de influencia estadounidense o al menos distanciarse. Lo demás (programa social, reformas económicas, etc.) no cuenta, no les importa la clase obrera. Lo que cuenta, así como para China, son las relaciones entre los Estados y no el destino de sus pueblos.

* * *

Chile es un país subdesarrollado. Colonizado a partir del siglo XVI, estuvo poblado por españoles y diversos pueblos europeos (alemanes, holandeses, franceses, etc.). Sus riquezas naturales eran importantes, tanto desde el punto de vista de sus minerales (salitre, cobre, hierro, carbón) como de su territorio y clima. Equipado con energía hidráulica, podría compararse favorablemente con muchos países europeos. La lógica de la colonización y el desarrollo capitalista previo de Europa bloquearon su desarrollo industrial e hicieron de Chile un proveedor oficial de Inglaterra y luego de Estados Unidos. Orientado casi exclusivamente al exterior, Chile se convirtió así en un proveedor de trigo, hasta que otros países (Canadá en particular) conquistaron sus mercados. La agricultura chilena quedó arruinada, hasta el punto de que el país se ha convertido ahora en un importante importador de productos alimenticios. El nitrato controlado por los angloamericanos dejó de ser su legendario y único producto de exportación desde la Primera Guerra Mundial y fue sustituido por el cobre, que hasta hace poco estaba controlado en un 90% por Estados Unidos (Anaconda y Kennecott Copper). Los escasos esfuerzos que se hicieron en Chile para desarrollar su independencia económica y su industria, tropezaron con la oposición categórica de los



ingleses, luego de los Estados Unidos, y en el propio Chile, con la de todos los estratos sociales burgueses, que se instalaron en los sectores cercanos a la exportación (grandes terratenientes, exportadores de trigo, magnates mineros y comerciantes mayoristas). La estructura del comercio exterior de Chile es elocuente, ya que las exportaciones se componen exclusivamente de cobre y mineral de hierro, mientras que las importaciones, además de alimentos, se componen de carbón (que Chile sin embargo tiene), productos químicos y manufacturas. El principal proveedor y cliente de Chile es Estados Unidos, seguido de lejos por Alemania.

Ningún sector económico ha quedado al margen de las relaciones capitalistas: los inmensos latifundios (700 chilenos poseen el 55% de la tierra), los aparceros y trabajadores agrícolas vinculados a la hacienda, y los miserables, los «rotos» o «capitalistas de un centavo» que se unen a las ciudades para hacer pequeños comercios de los que son los patrones y que pueblan los barrios marginales urbanos, todos están estrechamente integrados en una economía capitalista atrasada de la que son el producto y no los «excluidos». La inflación es endémica, ya que el costo de la vida aumentó un 14% en 1962, un 44% en 1963, un 46% en 1964, un 29% en 1965, un 23% en 1966, un 18% en 1967 y un 26% en 1968. También la proporción del salario mínimo legal (3000 pesos en 1961) al ingreso per cápita pasó del índice 100 en 1954 a 69 en 1961, lo que permite medir la proletarianización de todos los asalariados bajos que son mayoría.

La distribución sectorial del empleo es una característica particularmente notable de la economía chilena y especialmente del sector urbano (donde vive 1 de cada 5 chilenos). En conjunto, las actividades agrícolas, mineras e industriales ocupan sólo el 40% de la población activa; el resto, es decir, el 60%, ha sido empleado durante mucho tiempo en servicios no directamente productivos, en una sociedad que tiene gran necesidad de proporciones inversas. Encontramos estos porcentajes en el producto interior bruto:

	1958	1967
Agricultura	14%	9%
Industria	23%	27%
Servicios	63%	64%

Como otros países subdesarrollados, Chile vive de expedientes y préstamos. Las anualidades de reembolso que debe pagar a los acreedores extranjeros representan el 15% de sus exportaciones y más del 25% de los beneficios de estas exportaciones. Considerando la balanza de pagos de Chile entre 1945 y 1968, vemos el constante aumento del servicio de la deuda externa y el creciente déficit de sus reservas de divisas que sólo pueden cubrirse con nuevos préstamos:

	1945- 1955	1956- 1960	1961- 1964	1965- 1968
Déficit de recursos		6.5	109.2	
Recursos excedentes	41.4			55
Transferencias de beneficio	40.6	55.5	51.5	114.8
Pago de intereses	12.2	16.7	38.5	74.7
Amortización	40.9	89.7	122.2	145.7
Financiación bruta	52.3	168.4	321.4	280.2
Inversión extranjera neta	10.9	44	16	47.7
Giros de préstamos externos	42.5	102.3	272.2	269.7
Movimiento de reservas (exceso)	1.5	6.4	37.7	50.2
Errores y omisiones	-2.6	15.7	-4.5	13

Fuente: Corporación de Fomentos de la Producción (CORFO)

Esta desastrosa situación, típica de la mayoría de los países subdesarrollados, el candidato a presidente Allende pretende remediarla dentro del estricto marco del entorno imperialista. Según él y sus partidarios (comunistas a la cabeza), bastaría con reducir el volumen y el porcentaje de los beneficios repatriados a los Estados Unidos nacionalizando las grandes explotaciones agrícolas extranjeras y dedicar una fracción mayor de los beneficios extorsionados al desarrollo nacional. En realidad, la búsqueda de una mayor acumulación interna por parte de los países subdesarrollados generalmente los lleva a desarrollar aún más intensamente sectores orientados a la exportación, con el fin de obtener divisas. Este proceso invariablemente los lleva a integrarse aún más profundamente en el mercado mundial del que buscaban abstraerse y, en última instancia, acentúa el subdesarrollo relativo de estos países en relación con los diversos centros imperialistas. También la industria local se vuelve cada vez más dependiente de ellos, tanto para financiación como para comercialización, bienes de capital, repuestos, técnicas, diseños, patentes, licencias, en definitiva para todo lo relacionado con la industria ligera o la producción industrial por ensamblaje de piezas fabricadas en el extranjero.

Salvo circunstancias geográficas e históricas particulares (el caso de China), el desarrollo capitalista nacional de un país atrasado casi siempre conduce a un agravamiento de su dependencia, su atraso y la proletarización de su población.

Chile es, sin embargo, uno de los países menos atrasados de América Latina. Casi 600.000 trabajadores están sindicalizados en la CUT, que está influenciada principalmente por los «comunistas» chilenos. La clase trabajadora chilena vive en condiciones miserables, que recuerdan a las de los paí-

ses europeos del siglo XIX, hasta el punto de que los «comunistas» sólo tienen presencia real en los pocos sectores donde el estatus de los trabajadores es relativamente más favorable. De la misma manera, los sindicatos agrícolas agrupan aproximadamente a ciento cincuenta mil afiliados entre dos millones de campesinos: la casi totalidad de la masa de trabajadores temporeros y trabajadores sin tierra escapa tanto a los sindicatos como a los partidos actuales y constituye un poderoso potencial revolucionario.

Dado el gran número de verdaderos proletarios en Chile, las teorías pequeñoburguesas de la lucha armada en el campo no han tenido, significativamente, eco. Es además muy instructivo observar que cuando estas teorías chocan con la realidad de la existencia del proletariado, sus inventores se unen pura y simplemente al campo de la burguesía: así, Castro apoyó una coalición política heterogénea que representaba todas las categorías posibles de reformistas, pequeña y media burguesía, uniéndose a la teoría de la transición pacífica al socialismo que él y sus emuladores habían combatido en el pasado. Más allá de la persona del señor Castro, esto demuestra hasta qué punto las llamadas nuevas tesis sobre la lucha armada no eran más que refritos del radicalismo burgués, dispuesto a ceder ante la clásica solución antiproletaria del gobierno socialdemócrata.

Las manifestaciones de ira que retumban en casi todas partes de América Latina son, sin embargo, la señal de que las miserables masas populares ya no pretenden permanecer pasivas bajo el yugo de la explotación frenética del capital. A quien se denuncia en Perú, Bolivia, Chile y Argentina en este momento no es sólo al imperialismo estadounidense. Es cierto que este último ha reforzado considerablemente su dominio en los últimos años, lo que ha aumentado aún más la ruina de los países de América Latina. Pero el objetivo de las masas desheredadas ya no es puramente antiimperialista: los gobiernos militares nacionalistas instalados en Perú y Bolivia lo sabían bien, ya que, no contentos con atacar a las empresas norteamericanas más visibles (IPC en Perú, Gulf Oil Co en Bolivia), lanzaron programas de reformas internas: reformas agrarias, lucha contra la inflación, inversiones industriales, etc... En Argentina, las luchas violentas han tenido lugar en el campo sindical, como en Chile.

Yendo más allá del marco sin futuro del antiimperialismo, las masas proletarizadas de América Latina obligan a sus burguesías corruptas a confrontaciones «populares» o dictaduras militares con pretensiones sociales. Mucho más peligrosas que las guerrillas, las luchas sociales que se avecinan tienen también una dimensión muy distinta de la puramente nacional. Al hacerlo, atacan de manera ejemplar la explotación del capitalismo, cualquiera que sea su origen nacional. De manera lenta, pero segura, el proletariado sudamericano se suma a la lucha liderada por sus hermanos en los países capitalistas industriales.

- Anexos -

La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en esta, precisamente en esta idea sobre la revolución violenta, es algo básico en toda la doctrina de Marx y Engels. La traición cometida contra su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana hoy imperantes se manifiesta con singular relieve en el olvido por unos y otros de esta propaganda, de esta agitación.

Sin revolución violenta, es imposible sustituir el Estado burgués por el Estado proletario.

Lenin, «El Estado y la revolución».

Amadeo Bordiga
Fuerza, violencia dictadura
en la lucha de clase
(Extractos)

(«Prometeo», 1946-1948)

Publicado de 1946 a 1948 bajo el seudónimo de A. Orso (Amadeo Bordiga) en «Prometeo», la revista teórica del Partido Comunista Internacionalista, este texto fue parte del esfuerzo por reafirmar auténticas posiciones marxistas contra todas las desviaciones.

Esfuerzo que conduciría poco después a la constitución del partido que decimos ser, tras la separación de una tendencia confusionista. El texto combatió las mentiras pacifistas difundidas por quienes «revisan» el marxismo y en general por todos los reformistas, ya sean de origen estalinista o socialdemócrata. La tragedia chilena es un ejemplo más de la verdad de las posiciones marxistas y del carácter verdaderamente criminal del pacifismo social.

(...)

El revisionismo pretende mostrar como parte caduca del sistema marxista el anuncio del choque revolucionario entre la clase obrera y el poder burgués, y, falsificando y explotando los textos, un prefacio, y una carta famosos de Engels, defiende que, por una parte, dados los progresos de la técnica militar, había que excluir cualquier perspectiva de insurrección victoriosa armada, y por otra que el avance organizativo de los sindicatos obreros y de los partidos políticos parlamentarios permitía atisbar una segura y próxima llegada al poder con medios legales e incruentos.

Pretendían difundir en las filas de la clase obrera la convicción de que NO SE PODÍA abatir por la fuerza el poder de la clase capitalista, y que por otra parte SE PODÍA alcanzar el socialismo tras conquistar, con la mayoría en las instituciones representativas, los órganos ejecutivos del Estado.

Se acusó a los marxistas de izquierda de culto a la violencia, elevándola de medio a fin, invocándola casi sádicamente incluso allí donde podía *evitarse*, alcanzando el mismo resultado por la vía pacífica.

Pero ante la elocuencia de los acontecimientos históricos dicha polémica pronto reveló su contenido, que no era otro que una mística no tanto de la *antiviolen*cia como de los principios apologéticos del orden burgués.

Tras el triunfo de la revolución armada en Petrogrado tanto sobre el zarismo como sobre la clase burguesa rusa, el argumento de que con las armas NO SE PODÍA conquistar el poder se transformó en el argumento de que NO SE DEBÍA, incluso pudiendo. Esto había que unirlo a la prédica idiota de un genérico humanitarismo y pacifismo social, que rechazaba el uso de la violencia para la victoria de la clase obrera, pero no renegaba de la violencia empleada por la burguesía en sus revoluciones históricas, ni siquiera en sus versiones más terroristas. Y no sólo esto, pues en todas las situaciones decisivas para el movimiento socialista, la derecha, al rechazar las propuestas de acción directa, admitía que habría compartido el recurso a la insurrección para otros objetivos. Por ejemplo los socialistas reformistas italianos en mayo de 1915 se opusieron a la propuesta de huelga general al llegar la movilización con argumentos ideológicos y políticos, además de la valoración táctica de las fuerzas en juego, pero admitieron que en el caso de una intervención en la guerra junto a Austria y Alemania llamarían al pueblo a la insurrección...

O sea que incluso los teóricos de la «utilización» de las vías legales y democráticas están dispuestos a admitir que la violencia popular es legítima y necesaria cuando desde arriba se intentan abolir las garantías constitucionales. Cómo explicar que en tal caso el progreso de los medios técnicos militares en poder del Estado no sea un obstáculo insuperable, cómo prever que en caso de una oposición pacífica de la mayoría, la clase en el poder no recurra a esos medios para conservarlo, y cómo puede el proletariado emplear victoriosamente la violencia, despreciada y condenada como medio de clase, en todas estas situaciones, no lo saben explicar los socialdemócratas, ya que deberían confesar que no son otra cosa que puros y simples defensores de la burguesía.

Un sistema como el suyo, compuesto de consignas tácticas sólo puede conciliarse con una apología de la civilización burguesa netamente antimarxista, como lo es toda la política de los partidos surgidos del deforme tronco del antifascismo.

Según esta tesis el último recurso histórico a la violencia y a las formas de la guerra civil ha sido precisamente el que ha permitido a la burguesía levantarse sobre las ruinas de los viejos regímenes feudales y despóticos. Con la conquista de las libertades políticas se abre una era de luchas civiles y pacíficas, que permitirán sin más choques cruentos todas las demás conquistas, y de esa manera la igualdad económica y social.

El movimiento histórico del moderno proletariado y el socialismo ya no se presentan, según esta miserable falsificación, como la batalla más radical de la historia, como la destrucción desde sus cimientos de todo un mundo, tanto de su aparato económico y sus ordenamientos legales y políticos, como de sus ideologías que justifican con sus mentiras todas las formas de opresión existentes hasta ahora, y que siguen infectando el aire que respiramos.

El socialismo según esto, se reduce a una necia y vacilante integración de presuntas conquistas jurídicas y constitucionales, enriquecidas e iluminadas por la forma capitalista, con una serie de vagos postulados sociales comunes al sistema burgués.

La formidable perspectiva antagonista de Marx que medía en el subsuelo social las presiones irresistibles y en aumento, que deberán hacer saltar el conjunto de las formas burguesas de producción de la misma manera que los cataclismos geológicos sacuden la corteza terrestre, es sustituida con los despreciables engaños de Roosevelt, que incluye dentro de las libertades burguesas la *del temor y la necesidad*, o de Pacelli (Pío XII) que, bendiciendo una y otra vez el principio eterno de la propiedad dentro de la moderna forma capitalista, finge llorar por el abismo que separa la indigencia de las multitudes de las monstruosas acumulaciones de riqueza.

En la reconstrucción leninista la definición del Estado vuelve a repetirse como la de una máquina que una clase social usa para someter a otras, y tal definición está plenamente vigente sobre todo en el moderno Estado burgués, democrático y parlamentario. Queda pues aclarado, zanjando de una vez esta polémica histórica, que la fuerza proletaria de clase no puede penetrar dentro de esta máquina y usarla para sus propios fines, sino que debe, más que conquistarla, derrotarla y hacerla pedazos.

La lucha proletaria no es una lucha interna dentro del Estado y de sus organismos, sino una lucha desde fuera del Estado y contra todas sus manifestaciones y formas.

La lucha proletaria no se plantea tomar o conquistar el Estado, como si fuera una fortaleza convertida en presidio por el ejército vencedor, sino que se propone destruirlo arrasando sus defensas y sus fortificaciones.

No obstante tras esta destrucción es necesaria una forma de Estado político, y es la nueva forma en la que se organiza el poder de clase del proletariado, por la necesidad de dirigir el uso de una violencia orgánica con la que extirpar los privilegios del capital, permitiendo, la organización de las fuerzas productivas bajo nuevas formas comunistas, ni privadas ni mercantiles.

Por eso se habla exactamente de *conquista del poder*, entendiendo conquista no legal ni pacífica, sino violenta, armada, revolucionaria. Se habla correctamente de paso del poder de las manos de la burguesía a las del proletariado, precisamente porque en nuestra doctrina llamamos *poder* no sólo a la parte estática de la autoridad y las leyes anclada en las pesadas tradiciones del pasado, sino a la dinámica de la fuerza y de la violencia empujada hacia el futuro y que arrastrará los diques y los obstáculos de las instituciones. No sería por tanto exacto hablar de *conquista del Estado* o de *paso del Estado* de la gestión de una clase a otra, porque precisamente el Estado de una clase debe sucumbir, como condición de la victoria de la clase dominada.

Saltarse este punto esencial del marxismo, o hacer sobre él la más mínima concesión, como la de pretender que el paso del poder pueda encuadrarse en una disputa parlamentaria aunque esté acompañada por acciones y combates en las calles y guerras entre los Estados, conduce directamente al conservadurismo extremo, ya que significa admitir que el aparato del Estado sea una forma abierta a contenidos sociales opuestos, y que esté por encima de las clases en pugna histórica, lo cual se traduce en el respeto reverencial a la legalidad y en la apología vulgar del orden constituido.

No se trata solamente de un error científico de valoración, sino de un proceso histórico degenerativo real que se ha desarrollado ante nuestros ojos, y que ha llevado a los partidos ex-comunistas cuesta abajo, y que dando la espalda a las tesis de Lenin llega a la coalición con los traidores socialdemócratas, al «gobierno obrero», al gobierno democrático en colaboración directa con la burguesía y al servicio de ésta.

Con la tesis clarísima de la *destrucción del Estado*, Lenin restablecía la de la formación del *Estado proletario* que no les gustaba a los anarquistas, los cuales, pese a tener el mérito de propugnar la primera, perseguían la ilusión de que inmediatamente después de abatir el poder burgués la sociedad podía prescindir de toda forma de poder organizado y por tanto de Estado político, o sea de un sistema de violencia social. Al no poder ser instantánea la transformación de la economía de privada a socialista, no puede ser instantánea la supresión de la clase no trabajadora y esto no se puede llevar a cabo con la eliminación física de sus miembros. Durante el nada breve tiempo en que persistan las formas económicas capitalistas, sufriendo una incesante reducción, el Estado revolucionario organizado debe funcionar, lo cual significa, como decía Lenin sin hipocresías, disponer de soldados, policías y cárceles.

Al reducirse progresivamente el ámbito de la economía organizada bajo formas privadas, se reduce igualmente el ámbito en el que es necesario aplicar la coacción política, y el Estado *tiende* a su progresiva desaparición.

Estos puntos recordados aquí de forma esquemática bastan para mostrar que no fue tanto la maravillosa campaña polémica que ridiculizó y trituró a los contradictores, sino sobre todo el mayor acontecimiento presentado hasta ahora por la lucha de clase, el que hizo totalmente evidentes las clásicas tesis de Marx y de Engels, del *Manifiesto de los Comunistas*, de las conclusiones extraídas de la derrota de la Comuna, tales como la *conquista del poder político*, la *dictadura del proletariado*, la *intervención despótica* en las relaciones burguesas de producción, y al final el *deshinchamiento del Estado*.

(...)

En Chile, una nueva bancarrota de las ilusiones democráticas pequeñoburguesas

*(Suplemento Venezuela N° 26 de
«El programa comunista» N° 55, Mayo de 2023)*

Ayer la llamada «vía chilena al socialismo» del gobierno de Allende de la «Unión Popular» (que agrupaba principalmente al PS y al PC) fue elogiada por toda la izquierda y extrema izquierda internacional.

Hoy la vía chilena a la reforma del capitalismo es alabada por toda la izquierda y la extrema izquierda de América Latina; esta acaba de sufrir una estrepitosa derrota en el referéndum constitucional a principios de septiembre.

En 1973, luego de que las elecciones, en una situación de fuertes tensiones sociales, habían llevado al poder a la UP (Unión Popular) 3 años antes, la vía chilena finalmente condujo a un baño de sangre proletario con el golpe de Estado del General Pinochet: los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales colaboracionistas habían llevado al matadero a los proletarios desarmados al llamarlos a confiar en el ejército y el Estado burgués frente a las amenazas de la extrema derecha y los «sectores golpistas». ¿Acaso Allende no nombró a Pinochet ministro del Interior por ser «demócrata»?

Pero, «demócratas» o no, los militares y el ejército tienen la función de defender el orden burgués; y cuando los reformistas han agotado su papel de paralizar al proletariado, son barridos sin vacilar por las fuerzas armadas burguesas para dejar que el talón de hierro aplaste a los proletarios. La dictadura no sólo provocó miles de muertos y decenas de miles de detenciones y la generalización de la tortura al imponer un verdadero régimen de terror, sino que agravó la explotación capitalista y llevó a cabo una política de liberalización económica que provocó un fuerte aumento de la pobreza y la desigualdad. Cientos de miles de chilenos se vieron obligados a emigrar por razones políticas o de supervivencia económica. Sin embargo, esta sobreexplotación de la mano de obra condujo al cabo de unos años a un innegable crecimiento económico; esto permitió un retorno a la democracia después de 17 años de dictadura. Esta suave transición demuestra una vez más que la democracia y la dictadura son dos formas del orden burgués que son intercambiables según las situaciones sociales, el equilibrio de poder entre las clases y las necesidades de la dominación burguesa. La nueva democracia heredó su política económica y social de la dictadura, lo que significa que Chile sigue siendo el país más desigual de la OCDE y uno de los menos

dotados de medidas de protección social. Esto no impide, por el contrario, que los economistas elogien su éxito económico y le otorguen el premio a la «estabilidad económica» en América Latina.

Sin embargo, en 2019 la crisis económica se apoderó del país, provocando una auténtica explosión social. Debido a un aumento en las tarifas de transporte en octubre de este año; se realizaron gigantescas manifestaciones, violentamente reprimidas por la policía. Su culminación fue la huelga general del 12 de noviembre, que fue muy popular; pero también fue el principio del fin. Preocupados por el riesgo de ver a la clase obrera entrar en lucha por cuenta propia, los partidos de oposición y los partidos de gobierno firmaron el día 15 un «Acuerdo por la paz social y la nueva constitución».

Si bien fue necesaria la imposición de medidas de control social frente a la pandemia para poner fin a los disturbios, el espejismo democrático, respondiendo al interclasismo del movimiento y alimentado por las organizaciones políticas y sindicales de colaboración de clases, hizo su efecto. Una miríada de sectores, una gran lista de profesores de universidades privadas, notables, jueces, abogados, etc. junto a los líderes del movimiento, firmaron el pacto, un pacto que prometía la paz social, la unidad nacional.

Luego siguió una verdadera orgía de opio electoral: referéndum sobre el principio de una nueva constitución que sustituya a la de Pinochet (25/10/2020); elecciones a la asamblea constituyente (15-16/5/21); elecciones presidenciales y parlamentarias que culminan con la victoria del socialista Gabriel Boric, apoyado en particular por el PC; referéndum constitucional (9/4/22).

Este último referéndum fracasó estrepitosamente: más del 60% de los votantes (el voto era obligatorio) votaron no y el voto negativo fue particularmente fuerte en los barrios populares y en las zonas donde predomina la población indígena mapuche. Sin embargo, el proyecto preveía medidas sociales y otorgaba derechos especiales a las poblaciones indígenas, según el principio del «indigenismo» que pone en primer plano la identidad étnica en lugar de la posición social, la pertenencia de clase.

Los partidarios del proyecto culpan de su derrota a la poderosa propaganda mediática de derecha. Pero esta propaganda es cualquier cosa menos nueva; la realidad es que este proyecto elaborado por una asamblea pequeñoburguesa dominada por abogados y profesores y que quería instaurar un «Estado social y democrático de derecho» no estaba dirigido a las masas proletarias cuya situación continuaba empeorando bajo la nueva «izquierda» (que incluye a ministros de derecha) que no dudó en enviar policías antidisturbios contra los huelguistas en una refinería el pasado mes de mayo. La afirmación de un representante mapuche podría aplicarse a los proletarios en general: «¿De qué sirve que nos otorguen nuevos derechos, sin saber qué vamos a comer mañana?» (New York Times, 9/2/22)

El resultado puede explicarse en gran medida por la desilusión con el

gobierno de izquierda: instintivamente, muchos proletarios sintieron que este referéndum era una fachada, ya que sus dificultades aumentaron con la inflación que oficialmente estaba ya por encima del 14 % en agosto con el consiguiente aumento de la pobreza. Si fue una derrota para los sueños pequeñoburgueses, esta sobredosis electoral fue sin embargo un éxito para la burguesía, que logró gracias a ella mantener la paz social.

Pero ante las ilusiones pequeñoburguesas de reformar el capitalismo a través de elecciones y una buena constitución, la realidad se encargará de recordarnos que el capitalismo no se reforma, se combate. Y por este combate la historia de Chile ha demostrado que las fuerzas más peligrosas son los falsos amigos «izquierdistas», los falsos partidos obreros, las organizaciones partidistas de colaboración de clases que no son más que los sirvientes de la burguesía. El proletariado chileno pagó muy caro hace 50 años por confiar en ellos. Tendrá que recordar esta terrible lección para prepararse para las batallas futuras comprometiéndose en el camino de la lucha y la organización de clases.

¡Esta es la condición para que pueda no sólo defenderse verdaderamente, sino vengar mañana a sus mártires, acabando no con una simple constitución, sino con la destrucción del capitalismo y el Estado burgués en estrecha unión con los proletarios de todos los países!

10 de octubre de 2022



Desafortunadamente, el pedaleo democrático nunca resistirá a los tanques burgueses

Pinochet: sacrificio del aliado de ayer en el altar del orden democrático burgués

(Le prolétaire n° 449 - 1999, Il Comunista n° 67 - 1999)

Todos los medios internacionales nos hablaron hace unos meses de las desventuras de Pinochet en Gran Bretaña. Se espera que esta telenovela se reanude en un futuro cercano, con el ex dictador que finalmente acepta ser juzgado.

PROPAGANDA DEMOCRÁTICA

La observancia de la ley y la justicia es uno de los temas principales del gobierno laborista (el Ministro de Justicia incluso entregó a su propio hijo a la policía por consumo y tráfico de drogas, ¡en realidad para ganarle a los periódicos!). Por tanto, le resultaba difícil oponer el fin de la inadmisibilidad a las solicitudes de extradición del juez español. Por lo tanto, los laboristas querían, por el contrario, demostrar que el gobierno dejaba que la justicia hiciera su trabajo con total independencia y que nadie, ni siquiera un exjefe de Estado, estaba por encima de la ley, independientemente de las contorsiones diplomáticas. Los medios burgueses de todo el mundo saludaron inmediatamente esta actitud como una victoria de los grandes principios de Justicia, Democracia, Moralidad y Derecho.

¡Que tiemblen dictadores como Milosevic, ya no están seguros y, tarde o temprano, tendrán que rendir cuentas de sus fechorías ante los Jueces!

El caso Pinochet corresponde, más allá de las circunstancias contingentes, al deseo actual de las grandes potencias de ocultar tras una espesa cortina de humo democrático-legal sus atropellos pasados, presentes y futuros. Inútil ayer, cuando las áreas de influencia estaban fijadas en dos bloques principales, la creación de tribunales internacionales es un indicio más de que los Estados más poderosos hoy quieren imponer sus leyes y sus reglas – corolarios de **sus intereses imperialistas** – en este mundo recién abierto que hay que conquistar. Lejos de ser una victoria de los oprimidos sobre los opresores, estos hechos marcan el reforzamiento del autoritarismo de los grandes imperialismos y del totalitarismo del capitalismo mundial. Hoy ante la apatía del proletariado, la burguesía adelanta los peones democráticos, sacrificando si es necesario algunos viejos aliados de ayer (Pinochet no es un caso único) en el altar del orden burgués. ¡Mañana, cuando la clase obrera vuelva a amenazar, resucitará nuevos Pinochets!

La acusación del general senil permite reactivar una vez más la falsa

alternativa democracia o fascismo; les da a los socialdemócratas a bajo precio una patente «antifascista» – tan útil para enmascarar el carácter antiproletario de la democracia - a través de la detención del asesino del presidente socialista Allende. La imagen de Allende muerto «las armas en la mano» siempre ha sido utilizada para ocultar su responsabilidad política en el aplastamiento del proletariado, entregado indefenso a la bestial represión de las Fuerzas Armadas que sin embargo había elogiado y de las que había defendido a la jerarquía contra los soldados rasos.

CHILE BAJO UN GOBIERNO DE IZQUIERDA

En 1970, ante la incapacidad, durante los seis años anteriores, del gobierno demócratacristiano de Frei para resolver la crisis del país y ante los riesgos sociales de tal situación, accedió al gobierno la Unión Popular encabezada por Allende. La UP, un acuerdo electoral de 6 partidos incluyendo a la Democracia Cristiana (derivada en parte de la Falange fascista), el PS y el PC, fue entonces elogiada por oportunistas de todo el mundo. Estábamos hablando de la tercera vía chilena, al socialismo chileno y otras tonterías de la misma calaña. Pero la UP fue, como escribimos entonces, sólo una **celosa servidora de la propiedad, el orden y la legalidad al servicio exclusivo del capitalismo**. Detrás de su verbalismo «revolucionario», se ocultaba una política de prevención de las luchas obreras, de reactivación y renovación del Estado y del capital nacional. A pesar de su breve reinado, Allende tuvo tiempo de actuar como un servidor voluntario del capitalismo. Recordemos algunos hechos.

Su gobierno hizo expropiar a más de 300.000 indígenas mapuches, defendió a los colonos adinerados del sur del país; a los delegados de los campesinos pobres en lucha contra los terratenientes, sólo tuvo esta respuesta: *«ocupar la tierra es violar un derecho»*.

Lo mismo ocurre con las huelgas que se sucedieron en distintos sectores económicos, en particular en las minas o en las cementeras del Estado (llegando los trabajadores de éstas incluso a saquear «su» Ministerio): la UP no dudó en enviar el ejército para reprimir a los agitadores, para encarcelar y censurar, cuando sus promesas eran insuficientes para calmar a los proletarios. Ante el agravamiento de las tensiones sociales a pesar de todos sus esfuerzos, Allende llamó a su gobierno a dos generales, uno de ellos en el puesto clave de Gobernación. Incluso colocó a soldados del Estado Mayor en puestos clave del sector nacionalizado, asegurando así a la burguesía que estas empresas no serían laxistas con los proletarios.

¡Estamos, por tanto, lejos del retrato idílico que el oportunismo ha forjado a lo largo del tiempo! Es más, en su momento, a la ya de por sí estúpida pregunta *«¿Usted cree que es posible evitar la dictadura del proletariado?»*, Allende sólo pudo aumentar la estupidez al responder: *«Creo que sí;*

en eso ponemos todo nuestro empeño» (1). Al mismo tiempo, ante el cuestionamiento de la jerarquía militar por parte de la tropa y su denuncia de las intrigas reaccionarias y facciosas de los oficiales, la UP afirmó: *«queremos que los carabineros y las fuerzas armadas sigan siendo una garantía de nuestro orden democrático, lo que implica el respeto a las estructuras organizativas y jerárquicas de la policía y el ejército»*.

Contrariamente a lo que pretendía el revolucionarismo pequeñoburgués internacional, para el proletariado y la población campesina pobre no había nada que esperar de tal gobierno. Su política no se explicaba por la ceguera, como luego dijeron las distintas corrientes trotskistas, que siempre buscan atenuar la responsabilidad del oportunismo en las derrotas obreras. Era una actitud **contrarrevolucionaria** perfectamente coherente para frenar las olas de agitación del proletariado chileno, lo que implicaba **necesariamente** dirigirse hacia ese último bastión de la sociedad burguesa constituido por el ejército, por muy hostil que le fuera políticamente. Cuando la burguesía sintió que el gobierno de izquierda había agotado su papel de desorganizar, desmoralizar y paralizar al proletariado, el ejército aplastó sin vacilación a los proletarios y sacrificó a los lacayos reformistas.

El éxito del golpe de Estado de septiembre del 73, dirigido y organizado por el «General Demócrata» Pinochet designado por Allende, sólo fue posible, gracias a la acción del gobierno y de los partidos de la Unidad Popular que habían desarmado material y políticamente al proletariado, reprimió cualquier protesta detrás de una fraseología socialista como siempre han sabido hacer los falsos amigos de la clase obrera.

Como en Italia en la década de 1920, en Alemania o España en la década de 1930 o incluso en Francia con Pétain, el golpe de Estado en Chile confirmó la enseñanza del marxismo según la cual *el fascismo (que) es una concentración de las fuerzas de la burguesía en las situaciones de crisis, cuando se ha agotado el recurso del gobierno popular, no proviene de la lucha violenta del proletariado, sino del fracaso de esta lucha; es el golpe de gracia asestado por la burguesía a un enemigo ya casi derribado, y derribado por oportunistas y gobiernos democráticos»;* y *«la pequeña burguesía (...) se disciplina en el partido único para la defensa del Capital y le entrega sus tropas (...) cuando siente (al proletariado) vencido* (2).

* * *

Los grandes Estados imperialistas que dominan el planeta, explotan a cientos de millones de proletarios y condenan a otros cientos de millones al desempleo, pillan y saquean el globo para mejorar sus ganancias, inician y detienen las guerras más sangrientas según sus intereses del momento, se esfuerzan por escenificar la fábula según la cual, quizás con un cuarto de

siglo de retraso en el caso Pinochet, existe a pesar de todo en este mundo una justicia imparcial e implacable, capaz de defender a las desdichadas víctimas y de golpear a los Malos que han violado las normas de la Democracia y los Derechos Humanos. La detención de Pinochet, al igual que la institución de la famosa Corte Penal Internacional en La Haya, responde a la misma intención de encubrir los crímenes que permanentemente comete el capitalismo mundial y de justificar los crímenes de los bandidos imperialistas.

La acusación y el juicio de Pinochet deben ser denunciados por la clase obrera internacional como una **repugnante mascarada**. Los proletarios víctimas del terror y la bestial represión en Chile no pueden obtener reparación con su condena por un tribunal burgués, siendo ellos mismos **víctimas de la burguesía**, a nivel nacional e internacional (recordemos que fue en Washington donde se fraguó el golpe y fue de allí donde se dio luz verde), de la cual Pinochet era sólo el brazo armado.

Sólo se les hará justicia con el derrocamiento de la clase dominante, la destrucción de su aparato de Estado (desde sus Fuerzas Armadas hasta su Parlamento democrático cuya solidez descansa en miles de cadáveres), la liquidación de su modo de producción, en un palabra, por el triunfo de la revolución proletaria en Chile y en todo el mundo.

(1) Estas frases vienen de una entrevista hecha por un periodista francés del diario *Le Monde*, al presidente Allende, una semana antes del golpe de Estado.

(2) cf «Antifascismo democrático: una consigna antiproletaria que ha demostrado su eficacia», suplemento de «Proletariado» n° 431.



Folletos del Partido Comunista Internacional

Textos del partido :

1. Los fundamentos del comunismo revolucionario (1971) - 4 €
2. Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase - 4 €
3. Partido y clase - **agotado** (ver «Textos del partido - Nueva serie»)

Textos del partido - Nueva serie :

1. Las razones de nuestro abstencionismo (Octubre de 2015) - 2 €
2. Partido y clase. 1. Partido y clase en la doctrina marxista (Marzo de 2017) - 2 €
3. Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional (Octubre de 2017) - 2 €
5. Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y las posibilidades de salir de ella (Enero de 2019) - 2 €
6. El antimilitarismo revolucionario en la línea de continuidad teórica y política del marxismo (Noviembre de 2019, A4, 80 páginas) - 5 €
7. El Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) (Julio de 2022, A4, 86 páginas) - 5 €
8. Lenin en el camino de la revolución (Conferencia pronunciada por Amadeo Bordiga en la Casa del Popolo, Roma, 24 de febrero de 1924) (Noviembre de 2022, A5, 30 páginas) - 3 €
9. Irán : ¿Qué revolución? - Sobre la «Revolución islámica» de 1979 (Octubre de 2022, A5, 32 páginas) - 3 €
10. Elementos de orientación marxista - (Junio de 2023, A5, 24 páginas) - 2 €

Ediciones «Programme Communiste» del Partido Comunista Internacional :

Qué es el partido comunista internacional - Qué fué el frente popular - España : 1936 (Octubre de 1968, A4, 82 páginas)

Ediciones «el programa comunista» :

El Partido comunista internacional en el surco de las batallas de clase de la Izquierda Comunista y en el tormentoso camino de la formación del partido de clase - Volumen 1 (Ediciones «el programa comunista», Noviembre de 2020, A4, 100 páginas)

Pedidos y gastos de envío. Por favor consúltenos a la dirección de correo electrónico de nuestro sitio web: elprogramacomunista@pcint.org

REPRODUCCIÓN LIBRE: No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente - el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<https://www.pcint.org>) - de la que se ha tomado.

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1. En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2. Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3. El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4. El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5. Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6. Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7. Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8. En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido

desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagonica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9. Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10. El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11. La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.